

964.9

9 (46.85) (023)

16

BOSQUEJO

HISTORICO Y DESCRIPTIVO

DE LAS

ISLAS CANARIAS

POR

D. José María Breman y Cabello.



MADRID.

EN LA IMPRENTA NACIONAL.

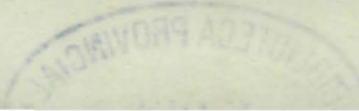
1847.



HISTORICO Y DESCRIPTIVO

1833

D. Don Juan Manuel de...





ADVERTENCIA.

Los siguientes artículos se publicaron á fines del año pasado de 1845 en una de las Revistas literarias de esta capital. Aunque rápidamente, se hallan descritos en ellos los hechos mas importantes que ofrece la historia de las islas Canarias. Por lo mismo, y por la conveniencia que puede resultar de que sean conocidas mas generalmente que hasta ahora las circunstancias especiales de tan interesante pais, hemos juzgado útil reunir estas noticias en un solo cuadro, ya que la naturaleza del periódico en que se insertaron no proporciona la misma ventaja á las personas que deseen adquirir este conocimiento.

REVISTA

Las siguientes noticias se publicaron a fines del año pasado de 1913
en una de las revistas literarias de este país. Aunque rigurosamente
se hallan descritas en ellas las habas más importantes que desde la
historia de las islas Guineas. Por lo mismo, y por la importancia que
puede tener de que sean conocidas por los interesados en este asunto
las descripciones que se dan de las habas más importantes para
tener estas noticias en un solo lugar, por lo mismo de la
tendencia en que se inclinan los preparadores de libros de las
artes que desean adquirir este conocimiento.



ARTICULO I.

Objeto de la publicacion de estos apuntes.—Origen que se atribuye á las islas Canarias.—Sus tiempos fabulosos.—Expediciones de los fenicios, cartagineses y romanos.

EN medio de las olas del Océano, como puesto avanzado del antiguo continente, existe ese grupo de islas conocidas hoy con el nombre de *Canarias* y en los remotos tiempos de la historia con el de *Afortunadas*. Enormes masas de lavas que, ora sirven de pedestal al gigantesco pico de *Teide*, ora, corriendo en torrentes de fuego, tienden sobre los campos su cenicienta capa; frondosos valles cubiertos de verdor y lozanía, donde se aspiran las auras de los jardines; por un lado las altas y peladas rocas de una costa inaccesible, luchando sin cesar con las olas que braman y se levantan impelidas de los furiosos vientos del Norte; mientras por el opuesto la blanca y arenosa playa parece que se adelanta á recibir las brisas refrigerantes del Medio día: la vegetacion en todos sus períodos; la naturaleza en toda su magestad; tales son los principales caracteres que distinguen á este raro archipiélago, en cuya historia y descripcion vamos ligeramente á ocuparnos.

Muévenos á ello el deseo de ensanchar los estrechos límites á que se halla reducido el conocimiento de un país que, aunque separado de la península española por algunas leguas de mar, forma parte integrante de su territorio y debe excitar en nosotros el mas vivo interés, bajo cualquier aspecto que se le considere. Con él estan identificadas nuestras glorias nacionales; el nombre español ha sostenido allí su noble fama, resonando victorioso en mas de cien combates, y las hazañas de los Lugos y Herreras deben figurar en nuestros anales al lado de las que dieron inmortal renombre á los Corteses y á los Pizarros. La naturaleza, pródiga en maravillas, quiso realzar estos cuadros grandiosos con otros no menos sublimes; y como si intentase poner á prueba la lealtad de los isleños, combatida en continuas agresiones por los enemigos de la patria, arrojó en medio de sus hogares el fuego del abismo; empero aquellos dignos españoles, serenos y perseverantes, supieron hacer frente á todos los peligros, y conservar al través de ellos el país cuya custodia les estaba confiada. Por otra parte, la situación que en el globo ocupan las islas Canarias entre el nuevo y antiguo continente, haciéndolas participes de las influencias de uno y otro, las presenta como un país de transición que viene á unir en sus relaciones físicas y sociales á los pueblos de la culta Europa con las apartadas regiones americanas. Aun el Africa misma puede hacer valer sus títulos de patronato sobre unas tierras que, segun la opinion de algunos sabios, la debieron su origen, y en las que se hablaba un idioma muy análogo al que usaron los antiguos moradores del Atlas; y así este país misto y excepcional merece ser estudiado con interés por el hombre político y el economista, por el historiador y el filósofo.

Al transmitir nosotros con la brevedad propia de unos

artículos de periódico las noticias que hemos podido adquirir acerca de estas islas, claro es que no tratamos de entrar en profundas investigaciones críticas, que exigen diversa forma de publicacion; ni es otro nuestro ánimo que el de traer al terreno donde se emplea mas activamente la curiosidad de los lectores, los interesantes datos que ofrece tan olvidada como peregrina historia. Y no se crea por esto que presumimos de ser los únicos que se hayan ocupado en estudiarla. Desde los lejanos tiempos en que los capellanes Bontier y Leverrier, que acompañaron al célebre normando Juan de Bethencourt, primer conquistador de las Canarias, recogieron las tradiciones conservadas entre sus incultos habitantes, se han hecho apreciables trabajos históricos de este país por algunos de sus naturales ó nuevos pobladores; mereciendo particular mencion la obra que bajo el modesto título de *Noticias de la historia general de las islas de Canaria* escribió el ilustrado arcediano de Fuerteventura D. José de Viera y Clavijo, y salió á luz en cuatro tomos que se publicaron por los años de 1772 á 1783; pero estos libros, sea por la prolijidad con que en unos se tratan muchos puntos que no tienen verdadera importancia histórica, sea porque la falta de orden que en otros se observa perjudica al interés que debiera ofrecer su lectura, sea, en fin, porque se careciese entonces de los medios de publicidad con que en el día contamos, es lo cierto que lograron escasa fortuna y yacen desconocidos ú olvidados en las bibliotecas de algunos curiosos eruditos.

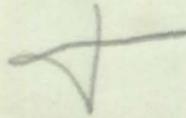
Creemos por lo tanto útil la publicacion de estos apuntes; y si bien la emprendemos con la desconfianza que nos inspiran nuestras débiles fuerzas, nos anima por otro lado la consideracion de que tal vez nuestro imperfecto trabajo sirva de fundamento á otros que con su mayor

ilustracion llenen cumplidamente el vacío que en esta parte notamos. Acaso logremos tambien por este medio promover las importantes cuestiones económicas, cuya conveniente resolucion interesa tanto á la España como á las mismas islas, y puede cambiar totalmente la faz de estas, de tal modo que en vez de la existencia lánguida y decadente que arrastran, ostenten su lozana robustez, elevándose á la altura comercial á que las convida su situacion geográfica, y dando á su industria el desarrollo de que es susceptible por su abundante pesca, la feracidad de su suelo, su templado clima y el ingenio de sus habitantes. Entonces las islas Canarias, lejos de ser como en el dia una carga inútil y pesada para la monarquía española, podrian formar el mas bello florón de su corona.

Varias son las opiniones de antiguos y modernos escritores con respecto al origen del archipiélago canario. Nuñez de la Peña, que publicó en 1671 una historia de estas islas, atribuye su formacion al diluvio, y cree que fueron sucesivamente pobladas por israelitas, romanos, españoles y africanos, fundando este parecer en la diversidad de los idiomas que en ellas se hablaban antes de la conquista. Con mas copia de razones opina Buffon que este archipiélago es una continuacion de los montes que corren desde Cabo Blanco hasta el de Bojador, con los cuales pudo quedar interceptado de resultas de las revoluciones producidas por el movimiento de las aguas ó por algunos sacudimientos volcánicos. La semejanza que se nota en los usos, costumbres, religion y lenguaje de los primitivos isleños con los antiguos habitantes de los países occidentales del Africa, da mucha fuerza á esta opinion, y con ella convienen no menos las magníficas ficciones sobre la famosa Atlántida de Platon, de la cual se supone que formaron parte las islas Canarias. Nosotros, sin considerar ociosas tales cuestio-

nes, pues la investigacion de un hecho improbable suele esclarecer otros de mucho interés para la historia, creemos imposible descubrir una verdad envuelta en la oscura sombra de la antigüedad mas remota. Pero lo que no podemos dudar es que estas singulares tierras fueron, si no conocidas, al menos imaginadas por los mitologistas griegos, cuyas simbólicas alegorías forman su historia fabulosa. Cuéntase á este propósito que Atlante, soberano de la Mauritania, despues de haber dado su nombre á los mares occidentales y á las grandes cordilleras del continente africano, tuvo de su matrimonio con Hesperia siete hijas llamadas Hespérides ó Atlántidas, las que arrojadas á las islas del Occéano, sufrieron en ellas horrorosa cautividad. Uno de los celebrados trabajos de Hércules, que tantas veces han resonado en la lira de los poetas, fue la libertad de las hijas de Atlante, y es fama que sirvieron para adornar el triunfo del héroe las manzanas de oro sustraídas del jardin de las Hespérides. De esta manera se justifica el blason nobilísimo de las Canarias, que por alusion recibieron en la antigüedad los nombres de *Hespérides* ó *Atlántidas*. El sublime Homero, y á su imitacion Horacio, las llamaron tambien *Eliseas* ó *Afortunadas*, nombres que conservaron en general hasta los tiempos de la conquista, y que les dió Plutarco cuando, refiriéndose á las noticias de unos marineros que debieron arribar á algunas de ellas durante las guerras de Sertorio y Sila, hizo una bellissima pintura de estos que llamaba Campos Elíseos, mansion de bienaventuranza, donde las almas felices tenian su morada.

Pero dejando aparte estas imaginaciones floridas, diremos solamente que las Afortunadas, segun la opinion de sus historiadores, debieron ser visitadas por los navegantes fenicios, cartagineses, rodios, socios y de otras naciones de la antigua Grecia. Créese con fundamento que el céle-



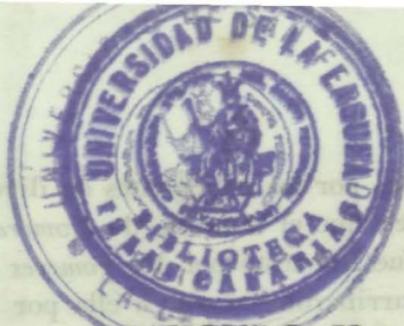
bre Hannon en su atrevido viaje por los mares atlánticos reconoció algunas de estas islas, y tal vez se debió á su derrotero depositado en el templo de Saturno el conocimiento que de su situacion tuvieron los cartagineses, dueños entonces de Gadir (Cádiz) y de la mejor parte de la península ibérica. Lo cierto es que este pueblo famoso y emprendedor, que tanta extension daba á sus miras de civilizacion y comercio, sostuvo relaciones mercantiles con los habitantes de Fuerteventura y Lanzarote, que son las islas mas inmediatas al continente, y á las cuales se dió el nombre de *Purpurarias* por su abundancia en la grana ú *orchilla* de que se extraian los ricos tintes de color de púrpura.

Algunos años despues de la época á que se refiere la relacion de Plutarco arriba citada, dió Stacio Seboso nuevas noticias del grupo occidental, haciendo mencion de cinco islas que denominó *Junonia*, *Pluvalia*, *Capraria*, *Convallis* y *Planaria*; pero no tuvo mas datos que las inexactas relaciones de los navegantes de su tiempo, cuya supersticiosa ignorancia les hacia confundir notablemente sus ideas acerca de este pais misterioso, presentándole siempre á sus ojos rodeado de prestigios y maravillas. Por último, en tiempo de Augusto, Yuba, rey de la Mauritania, agradecido á la proteccion que aquel le dispensaba, quiso reconocer las islas del Atlante, deseoso de enriquecer con su descubrimiento el dilatado imperio romano. A este fin ordenó una expedicion, de cuyo resultado y pormenores dió cuenta al emperador en una extensa memoria, que desgraciadamente no es conocida, y solo se conservan algunos fragmentos que cita Plinio, en los que se ve fijada con mas exactitud que en las anteriores relaciones la situacion de la mayor parte de estas islas. «Las *Afortunadas*, dice, se hallan á una distancia de 625,000 pasos al S. O. de las *Purpurarias*. Para llegar á ellas desde estas últimas se na-

vegó atravesando un espacio de 250,000 pasos hácia el occidente, y despues 75,000 hácia el oriente. La primera que se encuentra se llama *Ombrios*: posee un gran estanque en medio de las montañas, y árboles semejantes á las férulas ó cañahejas. La segunda, llamada *Junonia*, contiene un templete de piedra tosca: cerca de ella se ve otra mas pequeña, de igual nombre, y despues se halla *Capraria*, llena de grandes lagartos. Enfrente de estas islas está *Nivaria*, llamada así por la mucha nieve y las espesas nieblas que la cubren incesantemente. No lejos de Nivaria se encuentra *Canaria*, que debe este nombre al gran número y enorme tamaño de sus perros. Solo en esta isla se descubren algunos vestigios de edificios, y todas abundan en manzanas, pájaros de diversas clases, palmeras cubiertas de dátiles, &c.

El reconocimiento de Yuba es el último hecho que la antigüedad nos trasmite con relacion al pais de que vamos hablando. Destruido luego el poder de Roma por las turbas asoladoras del norte, que cambiaron totalmente la faz de la antigua civilizacion; las islas Canarias, como perdidas en medio del torbellino que conmovió tantas sociedades, se sustraen durante el largo período de trece siglos, así á la audacia de los guerreros, como á la investigacion de la historia. ¿Qué sucedia en esa region afortunada, mientras los señores de la tierra se disputaban ávidamente en los anchos límites del mundo el placer de la conquista, la gloria de la destruccion? ¿Qué hacian entonces los moradores de las Canarias? ¿Vertian tambien la sangre de sus hermanos por la feroz ambicion de un caudillo? ¿Elevaban tronos sobre las ruinas de los combates, ó despreciaban el yugo de las gerarquías sociales? ¿Vivian acaso felices como los pastores de la poética Arcadia?... No es posible satisfacer cumplidamente á estas preguntas. Procuraremos, sin

embargo, ofrecer á nuestros lectores una idea aproximada de la antigua civilización de los isleños, haciéndonos cargo en estos estudios de las tradiciones que se han conservado de sus costumbres, de sus leyes, religion, industria y demás circunstancias interesantes que se pudieron averiguar, no solo al tiempo de la conquista, sino en las expediciones que la precedieron.



ARTICULO II.

Estado de la civilización de estas islas antes de la conquista. — Idiomas. — Alimentos. — Trages. — Industrias. — Gerarquías sociales. — Fiestas y regocijos públicos. — Casamientos. — Leyes. — Religion.

PARA saber hasta qué punto los sencillos moradores de las Canarias llevaron sus adelantos en aquellas artes é industrias que inspiran á los hombres sus propias necesidades, luego que se ven unidos entre sí con los vínculos de la sociedad, procuraremos reasumir en este artículo las mas interesantes noticias que sobre el particular tenemos, valiéndonos principalmente de los curiosísimos datos que nos suministra Viera en el curso de su obra: pero debemos empezar por advertir que, conviniendo las opiniones mas justificadas en que estas islas pertenecieron á la antigua region atlántica, es preciso reconocer en ellas un origen comun, sin que se opongan á este juicio las diferencias que se notaron en el lenguaje y en los hábitos mas ó menos rudos de los habitantes de unas y otras; pues estas diferencias eran el efecto natural de las modificaciones que el tiempo introduce lentamente en todos los pueblos, y que debian hacerse mas sensibles allí donde cada isla estaba incomunicada con las demas, puesto que los canarios desconocian totalmente el arte de la navegacion. Ademas, ya sabemos que las Afortunadas fueron en

lo antiguo visitadas por los navegantes de diversas naciones, y aun se cree que el nombre de *Gomera* que lleva una de las islas fué impuesto por los *gomerés* ó *gomeritas* de Africa, que arribaron tal vez á ella por imprevistos accidentes. ¿Parecerá, pues, extraño que estos pueblos se hubiesen desviado algun tanto de sus homogéneas y primitivas formas sociales cuando fueron conquistados?

Una de las mas fuertes razones que concurren á demostrar el origen comun de las islas Canarias, es la semejanza de los idiomas que en ellas se hablaban, cuyos términos, segun se observa en los que han sido conservados, participaban de una misma índole en su armonizacion ó estructura. *Guan* ó *guanche*, por ejemplo, significaba hombre, en Tenerife; y en la Canaria se decia *guanarteme* por rey, siendo *arteme* ó *artemi* el nombre de uno de los antiguos soberanos de la isla, que por su valor mereció el epíteto de *grande*. Dios se llamaba *Achaman* en Tenerife, *Alcorac* en Canaria y *Aborá* en la Palma. *Gofio*, harina de cebada; *guánigo* ó *gánigo*, vasija de barro; *tamarco*, especie de ropaje de pieles, y otras muchas palabras eran comunes á casi todas las islas, en tanto que las articulaciones *ta*, *gua* y otras se encuentran con igual generalidad como preformativas de infinitas voces. Tambien constituia otro de los caracteres generales á todo el pais canario la buena organizacion física de sus habitantes, no menos que su fácil y perspicaz inteligencia, si bien se distinguian los de Fuerteventura y Lanzarote por su mayor apego á las ventajas de la civilizacion, que poseyeron mas ampliamente con motivo de sus relaciones comerciales con los antiguos pueblos del continente.

Eran por lo general los isleños frugales en sus alimentos, y solo cuando celebraban sus *guatativos* ó convites, consumian con voracidad grandes reses asadas, cuyos tro-

zos se repartian equitativamente. En lugar de pan usaban el *gofio* ó harina de cebada tostada, que amasaban con las manos. No conocian mas frutas que las silvestres y daban preferencia á las *yoyas* ó *mocanes*, de las que extraian el jugo que les servia para amasar el *gofio*. Tambien gustaban de pescado y mariscos, y para coger los primeros se arrojaban al agua con teas encendidas, ahuyentándolos así y encerrándolos despues en redes de junco. Es notable la circunstancia de no conocerse entre los tenerifeños en aquellos tiempos, el arte de nadar, por lo que tenian que valerse de anzuelos hechos con astas de cabras para prender los peces. En la isla de Hierro se poseia exclusivamente el secreto de la fabricacion de un licor espirituoso extraido de frutas silvestres; mas en ninguna de las demas se hacia uso de otra bebida que el agua y alguna vez el jugo de las palmas.

A los tejidos de junco y las pieles de varios animales estaban reducidos los recursos del lujo en los trages de los isleños; pero aun así podian notarse algunas diferencias. Ya, como sucedia en Canaria, se ajustaban estas vestiduras al cuerpo sin pasar de la rodilla, tiñéndolas de colorado y colocándose en la cabeza, á guisa de monteras, pellicos de cabritos, de modo que sus garras cayesen sobre las orejas: ya, como en Tenerife, aprovechando la ventaja de saber curtir y gamuzar las pieles, hacian de estas un ropaje plegado y sujeto á la cintura, debajo del cual solian usar las mugeres otro vestido talar que les cubria los pies; ya en fin veíase en Fuerteventura llevar este arte al mas alto grado de perfeccion, cosiendo las pieles con sutiles correas, guarneciendo de plumas los bonetes y calzando unos borceguíes ajustados hasta el tobillo. Razon tiene Viera, que describe minuciosamente estas costumbres, para decir que los habitantes de las islas citadas conocie-

ron la ostentacion y el fausto si se les compara con los demas del archipiélago.

No se hallaba establecido en estos sencillos pueblos el uso de la moneda: el comercio por consiguiente estaba reducido á cambios de unos artículos por otros. La agricultura y el pastoreo eran las profesiones mas comunes, sin que por eso dejasen de existir otras artes y oficios de los cuales hace el mismo Viera la clasificacion siguiente: «habia, dice, albañiles que entendian la construccion de las casas ó apertura de las cuevas; pescadores y tratantes en mariscos; tintoreros de pieles y juncos que hacian sus tintes con tierras, cáscaras y raices de árboles ó con el jugo de las yerbas y flores; embalsamadores que disecaban los cadáveres y los conservaban incorruptos como para la eternidad; verdugos y carniceros, cuyos oficios eran reputados por tan viles que no se les permitia entrar en las habitaciones ni tocar ninguna cosa con la mano; zurradores que adobaban los cueros; estereros que fabricaban esteras de palma, biombos de caña, y sogas de junco; alfareros que hacian gánigos ó cazuelas de barro; pintores que pintaban en piedras bruñidas con almagre, gis, ocre y otras tierras de color; por último bautizadas, esto es, ciertas mugeres destinadas á lavar las cabezas de los recién nacidos.» «Estas eran, añade, todas las buenas artes que cultivaban aquellas pobres gentes; á la verdad muy pocas, pero no necesitaban mas.»

Vemos, pues, que los isleños conocian tambien el arte de edificar, y así lo justifican los restos de un templo de piedra tosca perfectamente cortada que se hallaron en Canaria, no menos que algunas casas blanqueadas con yeso que existian al tiempo de la conquista; observándose que en estas construcciones ostentaban mas esmero y buen gusto los habitantes de las antiguas *Purpurarias*,

Fuerteventura y Lanzarote: en las demas islas eran generalmente sus moradores aficionados á vivir en cuevas que formaban en las cavidades de las peñas; y solo á falta de proporcion para adquirir una vivienda asi, fabricaban habitaciones de otra clase. Por distinguidas que estas fuesen se hallaban desprovistas de todo mueble de adorno, y solo habia en ellas algunos utensilios de cocina, instrumentos para la pesca, asientos de piedra cubiertos de pieles, camas de paja, helecho y peletería, biombos de caña, hachas de tea y armas de palo endurecido al fuego.

El símbolo principal de la riqueza se hallaba representado por la posesion de mayor ó menor número de cabezas de ganado, y esta propiedad, reputada como de origen divino, pertenecia exclusivamente á la clase noble, á cuyo servicio estaban los esclavos ó plebeyos. Nuñez de la Peña divide en tres órdenes estas categorías, á saber: los nobles á quienes llamaban *achimenceyes*; los escuderos nombrados *cichiciquizos*, y los villanos ó *archicaxnas*. El rey era de derecho el dueño de todas las tierras de labor, pero tenia obligacion de repartirlas anualmente entre sus vasallos en proporcion á su calidad y servicios: al *faican* ó gran sacerdote, como segunda dignidad del Estado, correspondia la facultad de crear hidalgos y armar caballeros. Distinguíanse estos últimos por su crecida barba y por llevar el pelo cortado hasta las orejas, y cuando algun candidato se presentaba á recibir este honor, despues de justificada la nobleza de su origen y su aptitud para el manejo de las armas, el faican preguntaba en alta voz á la asamblea previamente convocada, *si alguien le habia visto entrar en corral á ordeñar ó matar cabras, ó preparar con sus manos la comida, ó hacer robos en tiempo de paz, ó ser descortés y mal hablado, especialmente con alguna muger*. Solia acontecer que la res-

puesta fuese afirmativa, y entonces el desdichado pretendiente quedaba para siempre declarado villano, era rapado en el acto y recibia el apodo de *trasquilado*; mas en caso contrario se le cortaba el pelo, como queda dicho, hasta las orejas y entraba en la nobilísima orden.

Mostraban tambien los isleños grande aficion á las fiestas y regocijos públicos y celebraban con particular esmero la coronacion de sus reyes, cuya solemnidad era para ellos tan sagrada que si acontecia en tiempos de guerra se observaba hasta su terminacion una tregua inviolable. Pero la festividad mas digna de notarse era la que se conocia con el nombre de *Beñesmen* y se verificaba al tiempo de la recoleccion de los frutos. Hacian alternar en estas funciones los placeres de la danza y la música con otros ejercicios de esfuerzo y agilidad, como la lucha, la carrera y el salto, ó bien trepaban á porfia por los mas escarpados y altos riscos. En ninguna otra cosa se caracteriza tanto el genio de los pueblos como en sus regocijos ó espectáculos: así los joviales habitantes de Canaria se distinguian especialmente en el baile por su destreza y en la música por la dulce expresion de sus tonos; mientras los vigorosos *guanches* de Tenerife, mas rudos y mas guerreros, ostentaban su indomable fuerza en la lucha y su extraordinaria agilidad salvando á salto hondos barrancos y horrorosos precipicios.

Entre las costumbres de estas buenas gentes eran las de sus casamientos las que mas conservaban el carácter de su salvaje independenciam. Como en la antigua Esparta, se exigia en Canaria que las mugeres se hallasen dotadas de la robustez necesaria para dar hijos útiles á la patria, con cuyo objeto las doncellas antes de desposarse permanecian retraidas en sus habitaciones por espacio de treinta dias, regalándose con alimentos nutritivos, lo cual en su entender las ponía á cubierto de ser repudiadas. Pero

en las demas islas ni aun esta condicion se imponia, y bastaba la voluntad de ambos consortes para celebrarse el matrimonio, así como era tambien suficiente la de cualquiera de ellos para desbacerlo, quedando libres y en aptitud de volver á desposarse con quien lo tuvieran por conveniente, sin que estos divorcios y variados enlaces fuesen jamas motivo de disgustos ni rencores, ni produjesen otro mal que el de ser reputados por ilegítimos los hijos habidos del matrimonio anulado. En medio de este libre albedrío de que disfrutaban los isleños, es notable la circunstancia de estar por lo comun las mugeres de Canaria y Lanzarote casadas con tres hombres, quienes alternaban por meses en el goce de los derechos matrimoniales.

De las escasas noticias que se conservan con respecto á la legislacion criminal de estos paises, se infiere que habia gran diversidad entre unas y otras islas en la manera de considerar los delitos. El homicidio, por ejemplo, se castigaba en Tenerife con desterrar al delincuente de su tribu y desposeerle de todos sus bienes para indemnizar con ellos los perjuicios de la familia del muerto, y este mismo crimen se consideraba en Canaria como de poca gravedad: el hurto era castigado en la isla de Hierro con la pérdida de un ojo por vez primera y la del otro por reincidencia, en tanto que los palmesanos le tenian por accion meritoria y prueba de valor: en muchos casos: usaban, en fin, los naturales de Canaria la pena del talion, mientras que los de Tenerife se distinguian por su excesiva indulgencia en el castigo de los delitos. El *tagoron* ó tribunal donde se administraba la justicia, se reducía á una especie de plaza circular con asientos de piedra para los jueces, elegidos entre los individuos de mayor crédito, y un soljo tambien de piedra, cubierto con pieles, donde se colocaba el *Mencey* ó soberano de la tribu.

Sin embargo de que la idolatría ó el politeísmo forman comunmente las creencias religiosas de los pueblos bárbaros, hay datos para juzgar que semejantes principios no fueron jamas admitidos por los isleños. Reconocian todos una inteligencia superior, creadora y eterna, y este espíritu sublime era el objeto de sus adoraciones, si bien le simbolizaron en alguna isla; como lo indica un ídolo de piedra descubierto en tiempo de Alonso IV de Portugal por unos navegantes de aquella nacion que arribaron á estas islas. Las prácticas del culto no eran iguales en todas ellas: rendíanle los habitantes de Canaria en las cumbres de los montes ó en pequeños adoratorios servidos por las *magnadas*, que semejantes á las vestales, usaban vestiduras de pieles blancas y eran modelos de recogimiento y de piedad. Los naturales de la Palma adoraban á *Aborá* (Dios), erigiéndole altas pirámides de piedra y danzando en derredor; mientras los de Lanzarote llevaban por ofrenda jarros de leche para rociar las cimas de las montañas. Igual ceremonia practicaban los de Fuerteventura en sus templos, formados de dos murallas concéntricas de figura circular; y es fama que en esta isla existieron dos mugeres llamadas la una *Tamonante* y la otra *Tibabrin*, que vaticinaban los sucesos futuros con tono profético y ademanes convulsivos, gozando por ello de gran prestigio y veneracion en el país. No menos supersticiosos los herreños, creian que la divinidad bajaba del cielo para oír sus oraciones y que se colocaba sobre dos altas rocas denominadas entonces *Eraorahan* y *Moreiba* y hoy *los Santillos de los antiguos*. Ultimamente los *guanches*, que tenian idea de un ser maligno al que llamaban *Guayota*, colocaban su infierno en el famoso volcan del Teide, cuyas erupciones debian naturalmente inspirarles este religioso terror; pero al mismo tiempo creian en un ser benéfico que moraba

en el firmamento, y cuyo auxilio imploraban en sus calamidades con fervorosas súplicas, en las que hacían tomar parte á los irracionales, separando de sus madres á los cabritos y corderos, porque el balido de estos animales era en su concepto el ruego mas propicio á la divinidad.

Tales son las principales noticias conservadas acerca del grado de cultura que alcanzaron los primitivos habitantes de las Canarias. Pueblos groseros, sí, pero sencillos y felices, veían rara vez turbada su envidiable calma por el cruel azote de las intestinas discordias. El régimen monárquico, adoptado entre ellos con mas ó menos regularidad, lejos de oponerse al benéfico influjo de las costumbres patriarcales, que señalan la primera y acaso la mas venturosa edad de las sociedades humanas, contribuyó á su conservacion y afianzamiento, respetándose la experiencia de los ancianos en los consejos y tribunales. Una eterna primavera, que así puede calificarse la benigna temperatura que en este pais se disfruta, completaba la dieha de sus moradores; y la proximidad de los trópicos unida á la elevacion de las montañas, combinando el calor del sol con los principios activos que dan fertilidad á la tierra, producian una vegetacion vigorosa y lozana, sin que los auxilios del arte tuviesen que impulsarla (1). ¿Qué les faltaba, pues, á estas islas para merecer el nombre de *Afortunadas*? En los artículos siguientes tendremos ocasion de conocer qué beneficios debieron los sencillos habitantes de las Canarias al genio de la civilizacion que les privó de su feliz ignorancia.

(1) Entre las muchas investigaciones de sabios naturalistas de que ha sido objeto la variada y caprichosa produccion vegetal de las islas Canarias, merecen sin duda el primer lugar los trabajos de los señores Barker-Webb y Berthelot, que se empezaron á publicar en Paris bajo los auspicios de Mr. Guizot, ministro de Instruccion pública, en el año de 1835; obra de lujo y sumamente apreciable, pues al esmero é inteligencia con que está redactada, reúne la belleza tipográfica y los magníficos grabados que la acompañan.



ARTICULO III.

Expediciones que precedieron á la conquista de las Canarias.—Pretensiones del Infante D. Luis de la Cerda contrariadas por D. Alonso XI de Castilla.—Juan de Bethencourt, primer conquistador de estas islas.—Sucesos de su expedicion á Lanzarote y Fuerteventura.

Como la débil luz del crepúsculo aparece en pos de las sombras que ocultan el horizonte, así en medio de la oscuridad que por espacio de trece siglos envuelve la existencia de las islas Canarias, descúbrese un hecho referido por el geógrafo árabe Xerif-al-Edrisi, que si á primera vista parece aislado y sin consecuencias, puede, no obstante, mirarse como el anuncio de la nueva aparición de estos países. A mediados del siglo XII, dice aquel autor, salieron del puerto de Lisboa ocho árabes magrurinos con ánimo de reconocer los límites del Océano. Después de once días de navegación se hallaron al frente de algunas rocas contra las cuales se estrellaban las olas de una agua negruzca y fétida, presentando tan imponente aspecto que hubieron de variar de rumbo hácia el sur. Al cabo de doce días arribaron á una isla notable por el gran número de cordeiros que en ella pastaban, sin que persona alguna los guardase: recelosos de aquella soledad silvestre no intentaron allí otras investigaciones los curiosos navegantes, y contentándose con matar algunos de dichos animales, cuya carne por amarga no pudieron comer, se hicieron nuevamente á la

vela, abandonando aquella tierra misteriosa, que debia ser la isla de la Madera, entonces inhabitada y abundante en pastos, así como las rocas que antes vieron corresponderian tal vez á las Azores, trasformadas por erupciones submarinas. Otros doce dias tardaron en descubrir nueva tierra al parecer cultivada; mas apenas desembarcaron en ella, cuando se vieron rodeados de unos hombres cuya elevada estatura, color atezado y larga cabellera les daba singular y extraña catadura; no así las mugeres que les parecieron hermosas en extremo. Conducidos inmediatamente á una poblacion situada no lejos de la costa, permanecieron tres dias encerrados en una casa á manera de cueva, hasta que se les presentó un intérprete para informarse del objeto de su venida y conducirlos á presencia del Rey. Manifestóles este con risa desdeñosa que su empresa era semejante á la de unos esclavos de su padre que recibieron orden de embarcarse y no volver hasta que les faltase la claridad de los cielos: hizolos vendar los ojos, y trasladados á una lancha se les obligó á bogar en esta disposición por espacio de tres dias consecutivos, al cabo de los cuales quedaron abandonados en una playa con las manos atadas á la espalda. Sus lastimeros gritos atrajeron hácia aquel sitio algunas gentes que los sacaron de tan infeliz estado, y les dijeron que se hallaban á dos meses de camino de su patria. Uno de los desdichados navegantes exclamaba de continuo *¡Wasaf!* *¡Wasaf!* (*¡ah!*) y hay quien deriva de este hecho la denominacion de Asaf aplicada á uno de los puertos de la costa occidental de Africa.

En la relacion de Xerif-al-Edrisi, exornada con los maravillosos cuentos tan propios del gusto oriental, hallamos un dato fidedigno para creer que la isla de Fuerteventura, en la cual sin duda sufrieron su derrota los árabes magrurinos, debió ser objeto de algunas expediciones de los mo-

ros africanos en los siglos medios, puesto que de otro modo ni se hubiera encontrado quien explicase allí su idioma, ni los isleños habrían tenido medios para trasladar al continente á sus importunos huéspedes, desconociendo como hemos indicado en nuestro anterior artículo, el arte de la navegacion.

De mayor importancia fué bajo todos sus aspectos la expedicion dirigida á las Canarias dos siglos despues por orden del Rey de Portugal Alfonso IV. Componíase de tres carabelas abundantemente provistas de armas y víveres, y tripuladas de marineros portugueses, italianos y españoles al mando de Angiolino del Tegghia di Corbizzi, natural de Florencia. El dia 1º de Julio de 1341 se hicieron á la vela en las aguas de Lisboa, y á los cinco de navegacion descubrieron una isla de 140 millas de circuito, segun la relacion del piloto genovés Nicoloso da Recco: vieron en ella muchos hombres y mugeres de aspecto y maneras salvajes, y extrajeron gran cantidad de pieles de cabra, sebo, aceite de pescado, restos de focas, palo encarnado y cortezas de árboles para tintes; mas no se atrevieron á internarse en el pais temerosos de la agreste ferocidad de sus habitantes. Encamináronse despues hácia otra isla mayor que la primera, y cuyos moradores se presentaron en la playa casi desnudos, aunque algunos se distinguian por sus delantales de pieles teñidas con azafran y de encarnado, en señal sin duda de superioridad sobre los demas. Hablaban un lenguaje que los marinos no comprendian, pero que les pareció dulce y muy animado: por sus ademanes y acciones se venia en conocimiento de que deseaban comerciar con los extranjeros; mas como estos no se atreviesen á saltar en tierra, se arrojaron á nado algunos isleños, cuatro de los cuales fueron detenidos á bordo de los buques expedicionarios. Eran estos indigenas jóvenes de buena figura, sin barba, y te-

nian largos y rubios cabellos y robustos miembros; solo estaban cubiertos con un pequeño tonelete de juncos ó palmas; mostraban suma vivacidad é inteligencia, y haciéndose comprender fácilmente por señas, decian que la tierra de donde salieron se llamaba Canaria. Tal era, en efecto, la isla en que se encontraban los enviados de Alonso IV. No satisfechos sin embargo con tan buen suceso, siguieron costeándola hácia el norte, y á medida que adelantaban en esta direccion descubrian mejor cultivo en los campos y muestras de mayor actividad y poblacion: multitud de casas salpicaban los terrenos sembrados de hortalizas ó cubiertos de jardines, higueras, palmeras sin fruto y variadas plantaciones. Alentados con tan bellas perspectivas se decidieron por fin á desembarcar en número de 25 hombres bien armados. La mayor parte de las habitaciones estaban cerradas, pues los isleños retirándose asustados á las alturas de las montañas, solo manifestaban con desacordes gritos su oposicion á los invasores, dejándoles holgados para reconocer lo interior de los edificios, derribar las puertas y llevarse cuantos utensilios ú objetos llamaban su atencion, siendo uno de ellos la informe figura de un ídolo de piedra que hallaron en un templo ú oratorio. Ricos, pues, de botin, se reembarcaron los tripularios para dirigir su rumbo á nuevos descubrimientos, y fue el primero el de la isla de Hierro, segun se infiere del gran número de árboles frondosos que en ella se veian: desde allí se dirigieron á otra isla que debió ser la Gomera, á juzgar por su proximidad á la anterior, multitud de arroyos y abundancia de palomas exquisitas, mantenidas con baya ó fruta de laurel y por consiguiente de gusto delicado. Mataron algunas de estas aves, y despues de haber reconocido la Palma con sus elevadas y nebulosas rocas, se hallaron en frente de una tierra que les pareció encantada á causa del prodi-

gio que á su vista se ofrecia. Era este un monte de inmensurable altura, sobre cuya cima se divisaba un objeto blanco que tomando sucesivamente varias y fantásticas formas se presentaba á los ojos de los supersticiosos marinos como animado por un espíritu sobrenatural, dando con esto lugar á las mas peregrinas imaginaciones. Esta maravilla incomprendible, esta misteriosa tierra, no era sin embargo otra cosa que la isla de Tenerife, cuyo elevado pico del *Teide* (1) se presenta á veces coronado de una densa nube, que por la adherencia de sus vapores á la forma piramidal de la montaña ofrece generalmente el aspecto de un triángulo que se dilata de diversos modos á impulsos del viento. Por último, los expedicionarios contaron hasta trece islas, é igual es el número de las que forman aquel archipiélago si á las siete conocidas con los nombres de Canaria, Tenerife, la Palma, Gomera, Hierro, Fuerteventura y Lanzarote, se agregan las desiertas llamadas isla de Lobos, Roquete del Este, Roquete del Oeste, Graciosa, Montaña-clara y Alegranza.

Inmensos fueron los resultados que produjo esta expedición: á ella se debieron las primeras noticias ciertas sobre la situación de las islas Canarias, olvidadas hasta entonces ó representadas con notable inexactitud en las cartas geográficas; á ellas se debieron los datos mas auténticos é indudables acerca de un país cuya existencia habia sido problemática ó envuelta en los misterios de maravillosas descripciones; por ella en fin supieron los pueblos civilizados de Europa que en medio de los desconocidos mares de occidente existían otros pueblos civilizados también, aunque en menor grado, donde florecia la agricultura, habia ciertos ramos de industria, se construían cómodas viviendas y re-

(1) Según el reconocimiento practicado por Mr. de Buch en 1815, se calcula que la altura de este famoso pico es de 11,624 pies sobre el nivel del mar.

gulares edificios, no eran totalmente desconocidas las artes y hasta en la diferencia de los trages y las demostraciones de respeto hácia algunos individuos se entreveían las relaciones de un órden social sobre buenos principios establecido. El espíritu de peregrinacion y de conquista, tomando cada dia mayor vuelo, se apoderaba con avidez de estas relaciones, y las miradas de los mas atrevidos aventureros se dirigian todas al occidente, que en su ardorosa imaginacion les ofrecia pasto abundante de gloria y de riquezas. Monarcas poderosos fijaron su atencion en estos paises y se disputaron su dominio; siendo sabido que cuando en 1345 el Infante D. Luis de la Cerda obtuvo del Papa Clemente VI una bula concediéndole la conquista de las Canarias con el título de Príncipe de la Fortuna, tuvo que renunciar á su propósito, á pesar de hallarse apoyado por el Rey D. Pedro IV de Aragon, con motivo de la oposicion de D. Alonso XI de Castilla que alegó los derechos de su corona sobre aquellos dominios. En el mismo siglo XIV se repitieron las excursiones por las aguas del Atlántico: de España, de Portugal, de Italia, de los puertos principales de Europa salian continuamente flotas armadas para llevar el saqueo y la rapiña á aquellas tierras de promision, bajo el pretexto de sembrar en ellas las saludables semillas de la verdadera fe; pero estas cruzadas de occidente eran tan solo precursoras de las grandes empresas que debian imponer bien pronto á las Islas Canarias la ley de la conquista.

Juan de Bethencourt fue el primer guerrero que con resuelto ánimo se propuso acometer tan atrevida hazaña. Vástago ilustre de una de las mas nobles familias de la antigua Normandía, hallábase adornado con las cualidades propias para el caso: aficion á todo lo que llevaba el sello de lo maravilloso, valor, perseverancia, sobriedad y pru-

dencia eran las dotes que realizaban su carácter. Mosen Rubin de Bracamonte, su deudo, á quien hizo merced de las Islas Canarias el Rey de Castilla Enrique III, habia transmitido á Bethencourt este derecho que fué despues confirmado por gracia de la Reina Doña Catalina, cuando gobernaba el reino durante la menor edad de su hijo D. Juan II. Autorizado por aquella cesion para emprender una conquista que podia realizar sus sueños de ambicion y de gloria, el noble normando emplea con actividad todos los medios de que le es dado disponer para dar feliz término y remate á su grandioso pensamiento: enagena parte de sus bienes, busca auxiliares de su temple y resolucion, prepara en fin los aprestos necesarios, y arma y tripula un gran navío en el que salió del puerto de la Rochela el día 1.^o de Mayo de 1402, llevando en su compañía á su amigo Gádifer de la Salle, al franciscano Fr. Pedro Bontier y al clérigo Juan Le-Verrier, en calidad de capellanes, á dos isleños cautivos y bautizados con los nombres de Alfonso é Isabel, como intérpretes, y por último á 270 hombres de guerra con las provisiones, víveres y armas correspondientes.

Los primeros sucesos de la expedicion fueron desgraciados, y mas que suficientes para desanimar á otro que no tuviese la grandeza de alma de nuestro héroe: por una tempestad es arrojada sobre las costas de la Coruña, y precisada á tomar abrigo en aquel puerto, se suscitan graves disgustos con una escuadrilla inglesa en él anclada: vuelta á Cádiz, sobrevienen nuevos contratiempos que originan el desaliento y la desercion del mayor número de los soldados; solo 53 permanecen fieles, mas eran sobrados para Bethencourt, cuyo ánimo, superior á todos los obstáculos, cobraba con ellos mayor firmeza. Hácese nuevamente á la vela, y á los pocos dias de navegacion saluda con los nombres de Ale-

granza, Montaña-clara y la Graciosa á las tres primeras islas desiertas que descubre consecutivamente: sigue sin detencion su rumbo, y corrian los primeros dias del mes de Julio, cuando una costa dilatada se presenta á sus ojos: era la isla de Lanzarote.

Segun antiguas tradiciones, este pais estuvo dividido en dos Estados distintos; lo cual si fuese cierto debió verificarse en tiempos muy remotos, puesto que muchos años antes de la conquista estaba ya reunida toda la isla bajo el poder de un solo monarca. Llamábase Zouzamas el que lo era por los años de 1377, en cuya época un recio temporal arrojó sobre aquellas playas cierta embarcacion mandada por el hidalgo vizcaino Martin Ruiz de Avendaño, quien reconocido á los agasajos y finezas que le prodigaban los naturales permaneció algun tiempo en su compañía. Mas que todos expresivo Zouzamas, traspasó los límites del rendimiento, alojando en su propio palacio al extranjero y brindándole con el trato íntimo de la Reina Faima, cuya extremada belleza daba mayor precio á tan singular obsequio: aceptóle el bueno de Avendaño, y dejó en prenda de su correspondencia una niña que Faima dió á luz y á quien se llamó Ico. Sucedió á Zouzamas su hijo Tiguafaya, y á poco se verificó la invasion de unos españoles, que despues de haber vencido á los lanzaroteños, hicieron gran botin y se llevaron entre otros muchos prisioneros al desgraciado Monarca, juntamente con la Reina, su esposa. Esta circunstancia puso la corona en las sienes de Guanarame que se había desposado con la hermosa Ico, y que despues de un reinado corto y azaroso por las continuas incursiones de los europeos, y la progresiva despoblacion dejó el trono á su hijo Guardafia. A pesar de tantos desastres conservaban los isleños el recuerdo de la ilegitimidad de Ico, á quien tenían

por extranjera, y para justificar su noble condicion le exigieron la prueba del humo, sin cuyo requisito se negaban á reconocer los derechos de Guadarfia. Consistia aquella prueba espantosa en encerrar á la infeliz acusada con tres mugeres villanas en una estancia llena de humo, y si como ellas moria ahogada, quedaba completamente probado su origen comun. Cuéntase que la sin ventura Ico, obligada á pasar por tan duro trance, se proveyó de una grande esponja empapada en agua y con este ardid aconsejado por una vieja sagaz, logró neutralizar el efecto del humo, quedando así fuera de duda la nobleza de su cuna. ¡A tanta costa pudo aquella madre desdichada alcanzar para su hijo un trono espirante, y la ignominia de transmitirle á los conquistadores!

En efecto, apenas desembarcó Bethencourt en Lanzarote cuando multitud de isleños le cercaron dirigiéndole expresiones de consideracion y respeto; y uno de ellos que ostentaba en sus sienes la antigua corona de pieles de cabra guarnecida de conchas con que se distinguian los Soberanos de aquel pais, se apresuró á implorar su amparo y proteccion contra el furor de los piratas, ofreciéndole en retribucion el asilo de la amistad. Guadarfia, el tímido Guadarfia, ponía de manifiesto su debilidad con tan humildes palabras, y Bethencourt conociendo cuán fácil le sería apoderarse de la isla, se contentó por el pronto con levantar en ella un fuerte que denominó Robicon. Pero tenia á la vista otra tierra de mayor extension, segun sus noticias, que le estaba brindando con su perspectiva y punzaba su animosa impaciencia: resuélvese, pues, á reconocerla, y dejando guarnecido el fuerte de Robicon, el navío de la Rochela dirige su arrogante proa á la isla de Fuerteventura. ¡Cuán diverso aspecto presentaba este pais comparado con el anterior! El silencio, la

soledad, la calma..... pero la calma que presagia las tempestades, el silencio que pregona la muerte! En vano recorren nuestros navegantes con recelosa mirada todos los puntos de aquella fragosa costa, pues no se atreven á poner en ella sus plantas, como si detrás de las desiertas playas se ocultase algo de misterioso y terrible: porque en efecto, aquellos campos cultivados, aquellas groseras habitaciones desiertas, huellas patentes son que la mano del hombre dejó impresas y que revelan el secreto de su existencia. Existen sí, pero retraidos con sus ganados en lo interior del país, atrincherados en los riscos, y prontos á vender cara su independencia á los extrangeros que intentasen destruirla. El prudente Bethencourt, contando el escaso número de sus soldados y conociendo la fiereza del pueblo que pensaba domeñar, dió treguas á su impaciencia, y se dirigió á la capital de Castilla para poner bajo la proteccion de su Rey la grande obra que meditaba.

Desde esta época puede verdaderamente considerarse la conquista de las Canarias como una de las glorias que dieron lustre y esplendor al sòlio castellano en aquellos felices tiempos, pues sin los eficaces auxilios que alcanzó del monarca reinante Enrique III, hubiera encontrado insuperables dificultades para proseguir la empresa comenzada, si bien el mayor impulso que esta recibió, fué debido mas adelante á los poderosos Reyes Católicos, como veremos en el artículo siguiente.

ARTICULO IV.

Rebelion de Bertin de Bernebal. — Conquista de Lanzarote. — Segunda expedicion á Fuerteventura. — Desavenencias entre los Gefes expedicionarios. — Concesiones obtenidas por Bethencourt en la Corte de Castilla. — Conquista de Fuerteventura. — Tercera expedicion de Bethencourt. — Conquista de la Gomera y la Palma. — Muerte de Bethencourt.

MIENTRAS el infatigable Bethencourt empleaba su actividad en la corte de Castilla disponiendo un nuevo armamento con los auxilios que obtuvo de su espléndido Monarca, la discordia encendió su ominosa tea en el fuerte de Robicon de Lanzarote. Gadifer de la Salle habia quedado al frente de aquella escasa guarnicion; pero entre los soldados que la componian, Bertin de Bernebal, hombre osado y ambicioso, contaba algunos partidarios. Ayudado por ellos logró usurpar la autoridad de Gadifer, dejando á este abandonado en la inmediata isla de Lobos, roca desierta y destituida de los mas precisos recursos para buscar siquiera un mísero alimento. Allí hubiera perecido el desgraciado amigo de Bethencourt á no acudir en su auxilio el navegante español Francisco Calvo por excitacion de los capellanes Bontier y Leverrier, en tanto que el imprudente Bertin, irritando á los isleños con sus demasías, provocó una lucha desigual, á que muy pronto hubo de renunciar huyendo con algunos prisioneros y considera-

ble botin hácia las costas de España. Restablecida, pues, la autoridad de Gadifer, y obligado este á continuar la guerra con el corto número á que habian quedado reducidos sus soldados, estuvo á punto de sucumbir en ella; mas por fortuna suya hallábase distraida la atencion de los isleños con los disturbios promovidos por el bárbaro Ache que pretendia la corona, apoyado en un partido respetable. Tal era el estado de los asuntos de Lanzarote cuando Juan de Bethencourt, á principios de 1404, regresó del continente, precedido de una fragata con 80 hombres de tripulacion, que restablecieron la prepotencia de los conquistadores, y pusieron á Gadifer de la Salle en aptitud de hacer un reconocimiento en las islas de Fuerteventura, Canaria, la Gomera, el Hierro y la Palma, mientras que el noble gefe normando recibió en el fuerte de Robicon las protestas de sumision y vasallaje que le dirigian el Rey y los principales caudillos lanzaroteños: ejemplo que apagó los últimos destellos de independendencia en aquel pais. Guadarfia recibió con el bautismo el nombre de Luis, y á su imitacion fueron sucesivamente iniciados en la fé católica los demas isleños, quedando así fijado el primer triunfo que alcanzó la religion cristiana en las antiguas regiones del Atlante (1).

Dueño ya Bethencourt de Lanzarote, cuya adquisicion le proporcionaba la ventaja de reunir á sus bravos soldados franceses y españoles un cuerpo auxiliar de hacheros isleños, juzgó que habia llegado el momento de emprender la conquista de Fuerteventura, y con este objeto por segunda vez se dirigió hácia la temible isla. Componian su poblacion dos antiguas monarquías, ambas guerreras y separadas entre sí, no tanto por una gran muralla cu-

(1) Conquête des Canaries.

yos cimientos aun se reconocen, como por el odio inveterado que una á otra se profesaban. El sitio sobre el cual debió construirse esta muralla ó línea divisoria forma una especie de istmo de tres cuartos de legua de ancho, quedando al norte la parte mayor, que era el reino de Maxorata, y al Sur el de Handía, mucho mas pequeño que el anterior. La figura de la isla en general es estrecha y prolongada de norte á sur: su mayor anchura apenas llega á seis leguas, y su longitud pasa de 20. Sin embargo de ser la mas llana del Archipiélago canario, hay en ella montañas que se elevan mas de 1,700 pies sobre el nivel del mar, y la cordillera que forman recorre la gran tierra de Maxorata en toda su longitud. Por este distrito penetró Bethencourt; mas el estado del pais justificó sus recelos, pues decididos los habitantes á una tenaz defensa, se presentaban por donde quiera atrincherados en las alturas, cortando el paso ó entorpeciendo la marcha de los invasores. A pesar de tales obstáculos lograron estos construir el fuerte de *Rico-Roque*, llamado así en memoria del bajo *Riche-Roche* de Normandía, y era tan ventajosa la situacion de aquel punto fortificado, que facilitó grandemente las incursiones y adelantos de los conquistadores. Mas rápidos hubieran sido sus progresos á no haber ocurrido graves desavenencias entre Bethencourt y Gadifer de la Salle, cuyo resultado fué marchar ambos á la corte para defender en ella sus respectivos derechos al señorío de las islas. El concepto y relaciones de Bethencourt le hicieron triunfar bien pronto de su contrario, quien no pudiendo continuar por esta causa en la comenzada empresa, renunció á ella despues de haber dado á su nombre un lugar distinguido en las primeras páginas de la conquista.

Volvió Bethencourt del continente ufano con las con-

cesiones que obtuvo del monarca de Castilla, pues le hizo merced del Principado de las Canarias, autorizándole para repartir tierras, acuñar moneda y cobrar el quinto de todos los frutos y mercaderías, y le facilitó además nuevos auxilios en hombres y dinero, con lo que dió gran vigor y actividad á sus operaciones sobre Fuerteventura. Obstinada fue la resistencia de aquellos aguerridos isleños: inmensos los obstáculos que sus estratagemas ofrecían á los invasores; pero les llevaban estos muchas ventajas en sus armas y en su táctica, y no les cedían en arrojo y tenacidad; el éxito, pues, no era dudoso. *Guize* y *Ayoze*, los dos caudillos ó soberanos que mandaban respectivamente en los distritos de Maxorata y Handía, seguidos de numerosos súbditos se presentaron con diferencia de pocos dias en el mes de Enero de 1405 á recibir la ley del vencido ante el magnánimo conquistador, y el agua del bautismo ante los dignos capellanes Bontier y Leverrier, que supieron con celosa perseverancia extender en el país subyugado la doctrina de Jesucristo. En aquel mismo sitio se levantó y consagró la capilla de Valtarajal en memoria de tan fausto acontecimiento.

Deseoso Bethencourt de hacer alarde de su gloria en la tierra que le vió nacer, donde por otra parte le aguardaba la impaciencia de una esposa querida, así que dejó asegurada la posesion de Fuerteventura, se hizo á la vela para las costas de Francia, llevando consigo algunos habitantes y objetos del país subyugado, cuyo gobierno provisional confió á la discrecion de su amigo Juan de la Curtois. Al llegar nuestro héroe á Normandía recibió el homenaje que esperaba en la admiracion y en los obsequios que á porfía le prodigaron sus compatriotas; acababa de realizar una empresa que en aquellos tiempos de aventuras y de batallas satisfacía la pasión caballeresca

del siglo de S. Luis; y el conquistador de los países maravillosos del Atlante no podia menos de excitar las mas vivas simpatías de aquellos religiosos guerreros que vertieron su sangre en los sagrados campos de la Palestina. Pero Bethencourt, en medio de tanto júbilo, no olvidaba que solo tenia dado principio á una grande obra, y su pensamiento, siempre fijo en lo que por hacer le quedaba, servia de incentivo á sus deseos de proseguirla. Así fué que aun allí mismo, en aquellos dias en que parecia entregado á la inaccion y al reposo, el noble normando adelantaba insensiblemente su conquista, y ya ofreciendo á unos la perspectiva de un pais delicioso, cuyo suave clima é imperturbable calma brindaba con los mas tranquilos goces de la vida, ya presentando á otros con el otorgamiento de tierras el estímulo de la ambicion, ya, en fin, atrayendo á muchos con la esperanza de la gloria, veia aumentarse cada dia el número de sus prosélitos, de modo que llegada la hora de partir, se halló rodeado de un lucido acompañamiento ademas de 125 soldados que se le unieron, muchos de los cuales llevaban consigo sus familias; embarcándose todos en dos navíos que zarparon del puerto de Harfleur el dia 9 de Mayo del mismo año 1405. Oigamos cómo describe Viera esta expedicion, que por curiosa merece copiarse la pintura:

»Despues de una navegacion feliz, dice, entraron á mediados de Julio en el puerto de Robicon de Lanzarote, y es de creer que ni estas islas ni estos mares habian visto espectáculo mas hermoso, porque los navíos se presentaron con gran pompa de pabellones, gallardetes y flámulas de colores diversos, suspendiendo al mismo tiempo los oidos con un agradable concierto de clarines, timbales, tambores, violines, arpas y otros instrumentos de boca y de cuerda. Esta deliciosa armonía hizo tan extraña im-

presion en los isleños, que casi quedaron desmayados, creciendo su admiracion y respeto á los europeos luego que vieron salir á tierra tanta gente lucida, señaladamente al señor Juan de Bethencourt que traia consigo seis pajes vestidos de librea azul con galon de plata. Casi no hubo bárbaro que no se adelantase á recibirle hasta la misma lengua del agua, donde abrazándose unos á otros se arrojaban despues al suelo en protestacion de vasallaje, y acercándose á besarle las manos se las bañaban con sus lágrimas diciendo á voces en su idioma; *ya viene, ya viene nuestro Rey.*»

Iguales demostraciones recibió el conquistador á su llegada á Fuerteventura, y tales fueron las muestras de adhesion que obtuvo en una y otra isla con la ostentacion de su fausto y la dulzura de su carácter, que no podia ya dudar de la fidelidad de aquellos habitantes, quienes llegaron á reconocer la autoridad de los europeos como un derecho legítimo y natural, fundado en la superioridad que el cielo les habia concedido sobre los demas hombres.

Mas árdua que las precedentes se presentaba á los ojos de Bethencourt la conquista de Canaria. Los reconocimientos practicados hasta entonces en aquella isla no habian producido otro resultado que algunas negociaciones de comercio, á las que se manifestaban propensos sus habitantes: mayores empresas exigian tiempo y circunspeccion, tratándose de un país defendido por mas de 10,000 hombres aptos para la guerra. Los soldados con que Bethencourt contaba, eran pocos en número, y tenia tambien que atender con ellos á la guarda y conservacion de los dominios adquiridos. En medio de tales dificultades el intrépido normando arma una expedicion compuesta de tres naves, á cuya cabeza se pone: un furioso temporal las dispersa, y solo dos de ellas logran reunirse al cabo de

algunos días; mas á pesar de la rebaja que con este motivo sufren las fuerzas agresoras, Bethencourt se dirige á Canaria, en mal hora para entrambos partidos, pues habiéndose empeñado un recio combate entre isleños y europeos, los primeros perdieron á su Rey Artemi-Semidan y los segundos al bizarro gefe Juan de la Curtois con otros 25 guerreros. Transido de dolor, aunque sin mostrar abatimiento, Bethencourt recoge sus tropas y se aleja de una tierra consagrada con los restos de su mejor amigo: llega en breve á las costas de la Palma, donde encuentra la tercera nave extraviada por el temporal, cuya tripulación habia conseguido algunas ventajas en los diferentes choques que sostuvo con los naturales; y sin intentar allí otras empresas por la fragosidad del terreno, pasa en seguida á la Gomera.

Ardia en esta isla la guerra civil con motivo de las ambiciones que suscitó la muerte de Amalahuise, único príncipe cuyo nombre se conserva y que á mediados del siglo XIV reinaba con todo el poder propio de la monarquía absoluta, segun se manifiesta en las relaciones del español Don Fernando Ormel, que arribó á las costas aquellas al frente de una expedicion en la expresada época. El furor de los partidos en que se hallaban divididos los habitantes de la Gomera, llegó hasta el punto de que prefirieron someterse á Bethencourt antes que obedecer cada cual á ninguno de los rivales contendientes. ¡Error lamentable, harto frecuente aun en las naciones que se llaman cultas cuando les devora la fiebre de las guerras intestinas, y que pagaron bien caro aquellos desgraciados, viendo repartidas sus tierras entre los extrangeros y destruida su libertad!

Por otra causa muy diversa vino á sufrir igual suerte la isla del Hierro, adonde Bethencourt se dirigió desde la

Palma. Gobernaba también aquel país un solo monarca, y Armiche lo era en el tiempo á que nos referimos. Angeron, hermano de este Príncipe, que habia sido hecho prisionero por los españoles algunos años antes y que acompañaba á Bethencourt en su expedicion, tuvo una entrevista con el monarca, y la fuerza de su persuasion unida á los hábitos pacíficos de aquellos naturales, indujeron al buen Armiche á entregar la isla al feliz europeo que tan digno parecia de gobernarla.

Con las cuatro islas conquistadas reunia ya Bethencourt dominios de consideracion que exigian arreglos meditados para su gobierno y servicio espiritual y temporal. A la ejecucion de estos trabajos se dedicó por algun tiempo adoptando medidas beneficiosas y desinteresadas, que realizaban sobremanera su grandeza de alma, no menos que su piedad. Revestido con el carácter de Rey de las Canarias, feudatario de la Corona de España, repartió con equidad y justicia las tierras adquiridas, eximió á sus vasallos de todo impuesto por espacio de nueve años, á excepcion del tercio de los frutos que pagarian en vez del diezmo para las atenciones del culto, mientras este no requiriese mayor sacrificio; mandó edificar dos templos uno en Lanzarote, titulado San Marcial, y otro en Fuerteventura con el nombre de Nuestra Señora de Betancuria; distribuyó generosamente las rentas de su pertenencia personal en cinco partes, asignando una al Virey que le representase, dos á la fábrica de las iglesias, y otras dos á obras públicas; recomendó la observancia de las leyes de Normandía; estableció en cada isla dos Alcaldes y algunos Regidores; nombró Virey ó Lugarteniente suyo á Maciot de Bethencourt, su primo, y despues de haber dejado á sus vasallos gratos recuerdos de su justicia y humanidad, partió hácia el Continente con el doble objeto de

dar cuenta al Rey de Castilla de tales sucesos y de obtener del Papa el nombramiento de un Obispo para las islas sometidas.

El viaje de Bethencourt por España é Italia fue mas bien un paseo triunfal solemnizado con los obsequios de los soberanos, los agasajos de los nobles, y la admiracion de los pueblos. Enrique III prodigó sus favores al nuevo Príncipe su feudatario, y el Papa Inocencio VII reconoció en el guerrero cristiano al *buen hijo de la Santa Sede* que supo difundir la fé católica en las apartadas islas del Océano; en prueba de lo cual expidió sus bulas en favor de D. Alberto de las Casas, deudo del conquistador, y propuesto por este para el obispado de Canarias. Mas al cabo de tan apacibles días de dicha y de bonanza debia llegar la oscura noche del infortunio. Bethencourt regresó por segunda vez á su casa, y supo bien pronto el naufragio de una interesante flota, procedente de Canarias, con lo que experimentó muy graves perjuicios; pero semejante pérdida fue tan solo el anuncio de otras mayores que le estaban reservadas. Su esposa Mad. Fayel, á quien amaña con ternura, espiró al poco tiempo en sus brazos; y aun no enjugadas las lágrimas que le arrancó su intenso pesar, fué testigo de la invasion de las armas británicas en su desdichada patria. Estragos, ruinas, desolacion..... tales eran los efectos de una guerra que dejó en poder de los ingleses una de las mas considerables provincias de la Francia; y el noble Bethencourt, no pudiendo mirar con indiferencia semejante calamidad, pagó con la vida el tributo de su dolor, cuando se preparaba á buscar en las islas un asilo, una patria y un reino.

ARTICULO V.

Ventas y trasposos del dominio de estas islas. — Desgraciada expedicion á la Palma. — Empresas de Diego García de Herrera. — Los Reyes Católicos toman á su cargo la sumision de las islas libres Canaria, Tenerife y la Palma. — Estado político de estas tres islas en la época de la conquista.

LA conquista de las Canarias puede considerarse dividida en dos grandes épocas. La primera, que termina en la muerte de Bethencourt, tiene algo mas de maravilloso ó extraordinario que la segunda; porque si es verdad que las islas sometidas por aquel conquistador eran menos temibles que las restantes ¿quién podrá negarle el lauro de haber concebido tan alto pensamiento, y emprendido semejante hazaña con tanta falta de medios como sobra de ánimo y resolucion? El principio de la segunda época debe contarse cerca de medio siglo despues, cuando los Reyes Católicos tomaron á su cargo continuar la empresa comenzada por el noble gefe normando.

En el largo intervalo de una á otra época, lejos de adelantarse un solo paso en la senda de la conquista, se relajaron á veces de tal modo los vínculos de union entre isleños y europeos, y aun los de estos entre sí, que estuvo

en mas de una ocasion á punto de arruinarse el edificio levantado por los primeros dominadores del pais. El gobierno de Maciot, benéfico, acertado, civilizador en un principio, rayó despues en los límites de la tiranía, llevando á un extremo lamentable las medidas de rigor que se creyó obligado á emplear para reprimir los instintos de insubordinacion de que empezaron á dar muestra los indígenas, tan luego como se penetraron de que ya no existia el temible al par que respetado guerrero ante quien habian rendido su altivez. Al despotismo siguieron la crueldad y la avaricia, llegando la ceguedad del Virey al exceso de vender por esclavos algunos isleños para lucrarse con el producto de tan horrible tráfico. En aquel tiempo aconteció el fallecimiento del obispo Las-Casas, y su sucesor el venerable Fr. Mendo de Viedma representó á la corte de Castilla contra la conducta de Maciot. Este, obligado á traspasar el dominio de los territorios conquistados al enviado de la Reina Gobernadora, Pedro Barba de Campos, mediante un contrato ajustado, fue á ocultar su oprobio á la isla de la Madera, donde murió por los años de 1430 despues de haber entrado en negociaciones de mala fé con el Infante D. Enrique de Portugal, cediendo la propiedad de las Canarias, y dando así pábulo á las contestaciones que este Príncipe sostuvo con el Rey de Castilla, resueltas al fin en favor del último por la corte de Roma, árbitra en la cuestion.

Una série de ventas y trasposos de este raro feudo siguió inmediatamente á la separacion de Maciot; pues ya fuese por el escaso producto de las tierras adquiridas, ó ya por la dificultad de someter las demas, los nuevos poseedores procuraban prontamente enagenarlas, de modo que en poco tiempo pasaron del poder de Pedro Barba al de Fernan Perez, de este al Conde de Niebla D. Enrique

de Guzman el Bueno, cuya dominacion se hizo notable por la concesion de un privilegio de franquicia á favor de aquellos habitantes, y del Conde de Niebla á Guillen de las Casas, quien no tardó en transmitir la propiedad á su hijo que llevaba el mismo nombre. Todos estos señores eran por lo general caballeros andaluces, que empeñados en gloriosas empresas contra los moros, á quienes hacian á la sazón cruda guerra, se avenian de mala voluntad á cambiar estas escenas por las menos brillantes y animadas que les ofrecian los groseros pueblos del Atlántico. La mayor parte, pues, de los referidos Soberanos titulares de las Canarias apenas hacian mas que recorrer las islas conquistadas y practicar sin fruto algun reconocimiento en las restantes; pero el último dueño, menos aficionado aun que su padre y antecesores á las islas, sin tomarse siquiera el trabajo de visitarlas, trasfirió desde luego su señorío á Fernan Peraza, marido de su hermana Doña Inés.

Trasladóse Peraza á Lanzarote con su hijo Guillen, gallardo y valeroso jóven, que, impaciente por adelantar la grande obra de la conquista, se puso á la cabeza de 200 ballesteros españoles y 300 isleños, y con estas fuerzas desembarcó en la isla de la Palma, internándose con mas valor que prudencia por los desfiladeros que los naturales dominaban desde las alturas y defendian arrojando gruesas piedras. Una de ellas cayó sobre el bizarro D. Guillen y le dejó muerto en el acto de rehacer sus fugitivas tropas. Semejante desgracia desconcertó completamente la expedicion y abrevió sin duda los dias del desconsolado Fernan Peraza, que murió á poco, sucediéndole su hija Doña Inés esposa del famoso Diego García de Herrera. Estos señores se sintieron tambien con buen ánimo para proseguir la conquista y organizar el gobierno de sus nuevos Estados,

en donde la continua variacion de dueño habia introducido graves abusos y dado alas al espíritu de rebelion: embarcáronse, pues, en el año de 1445, acompañados de un gran número de caballeros adictos á la empresa y de siete religiosos franciscanos que fundaron en Fuerteventura el humilde convento de que fué Guardian San Diego de Alcalá.

Entre tanto el Infante de Portugal, que no cedia en sus intentos de apoderarse de las Canarias, aprovechó sagazmente una coyuntura favorable á sus miras que le deparó la suerte; pues habiendo sido autorizados por el Rey Enrique IV para conquistar las islas de Tenerife, Palma y Canaria, los portugueses que acompañaron desde Lisboa hasta Córdoba á la Princesa Doña Juana, el Infante no se descuidó en proteger la expedicion reforzándola con bajeles y tropa. Este acontecimiento hubiera ofrecido grandes obstáculos á los designios de Herrera, á no haber sido rechazados por los habitantes de Canaria los expedicionarios portugueses, que derrotados y confusos se retiraron á Lanzarote, donde su gefe Diego de Silva se enamoró de Doña Inés, hija de Herrera, y alcanzó al fin su mano en recompensa de su poderosa mediacion para que cesasen las pretensiones de Portugal sobre las Canarias. Desembarazados por este medio sus legítimos dueños de tan porfiado competidor, siguieron con empeño la difícil obra de someter las islas libres. En 1464 dispuso Herrera una expedicion contra Tenerife, á cuyos habitantes hizo protestas de paz, no juzgando prudente hostilizarles con el escaso número de sus soldados: aquellos sencillos bárbaros le acogieron amistosamente, sin cuidarse de las raras ceremonias con que tomó ilusoria posesion del pais á nombre del Rey de Castilla, ni tampoco se opusieron á que los españoles construyesen algun tiempo despues una fortaleza

en la isla; pero las imprudencias que estos cometieron, alteraron tan buena armonía, viéndose al cabo obligados á retirarse. No mejor resultado produjo el ataque dirigido contra la isla de Canaria, donde la valerosa tropa de Herrera, internándose por el distrito de Galdar, hubiera sucumbido ante la inmensa multitud de sus enemigos, á no haberlas protegido el generoso *Mencey* de aquel canton, que contuvo la fiereza de sus súbditos entregándose á los españoles y fingiendo que le matarian si no les dejaban retirarse. Frustrada, pues, esta tentativa, entró Herrera en trato con el Rey del distrito de Telde, y consiguió establecer una fortaleza en aquel territorio; mas reconociendo despues los canarios que se habian impuesto un dueño, comenzaron á hostilizar á la guarnicion, y concluyeron por exterminarla, valiéndose del artificio de disfrazarse con los trages de los europeos que habian matado ó hecho prisioneros, de modo que cuando los del fuerte fueron á echarse en los brazos de los que tenian por amigos y salvadores, perdieron las vidas á manos de sus alevosos contrarios.

Tales cosas acontecian en las islas Canarias cuando Herrera y su esposa fueron llamados por los Reyes Católicos con motivo de las quejas de su conducta que llegaron á la córte; y por un ajuste celebrado en 1477 se encargaron los monarcas de la prosecucion de la conquista, y les concedieron en compensacion 5.000,000 de mrs., el título de condes de la Gomera, y el dominio útil de Lanzarote, Fuerteventura y el Hierro. Privado así de emplear su valor en las islas del Atlántico, Diego García de Herrera buscó nuevo teatro á su gloria en las costas de Berbería, donde se hizo temible á los Príncipes africanos, que vieron tremolar en sus dominios los cristianos pendones sobre el castillo de *Mar pequeña*, levantado por las tropas del con-

de de la Gomera, y conservaron en sus tradiciones largos recuerdos de las prodigiosas hazañas ejecutadas por aquel bravo caudillo.

Fácil es conocer que el tomar los Reyes Católicos á su cargo la conquista de las Canarias, importaba tanto como decidir la suerte de estas islas; porque en efecto ¿qué podían oponer los groseros pueblos del Atlante á la sabiduría y recursos de aquellos monarcas poderosos?..... Faltaba, sin embargo, someter las tres islas mas temibles del archipiélago, y aunque hubiese en ellas algunos elementos favorables á los conquistadores, la lucha que iba á empeñarse, mas sostenida y porfiada que lo habia sido hasta entonces, era digna empresa de los esclarecidos príncipes, bajo cuyos auspicios se descubria un nuevo mundo y se plantaba el estandarte de Cristo en las moriscas torres de la Alhambra.

Como indicamos al principio de este artículo, comienza aquí la segunda era de la conquista que vamos refiriendo; mas antes de exponer los hechos que en ella tuvieron lugar, bueno será que demos una ligera idea del estado político de las tres islas libres en la época á que aludimos, sin cuyo conocimiento mal podrian apreciarse los esfuerzos que fué necesario emplear para subyugar tan indómitos pueblos.

Adeje, antigua capital de Tenerife, recibió este nombre del audaz guerrero que supo avasallar la isla, en remotos quanto ignorados dias. Perdióse en el olvido la memoria de sus sucesores, y solo se sabe que uno de ellos, Tinerfe el Grande, reinaba mas de un siglo antes de la conquista. Bentenuhya ó Bentinerfe su hijo primogénito, impaciente por empuñar el cetro, se rebeló contra la autoridad de su padre y rey; ejemplo fatal que imitaron sus ocho hermanos, dividiendo entre sí la antigua monarquía de Adeje,

y causando con tan criminal atentado la muerte del desgraciado Tinerfe. Los nueve reinos que con este motivo se formaron, tuvieron los nombres de *Taoro*, *Goimar ó Güimar*, *Abona*, *Adeje*, *Daute*, *Icod ó Benicoden*, *Tacoronte*, *Tegueste*, y *Naga ó Anaga*. Bentenuhya, mas osado y ambicioso que sus hermanos, obtuvo con el distrito de Taoro la mas cumplida parte del botin y el carácter de primer *Mencey* de la isla. Sucedióle por corto tiempo Imobach, y á este su hijo Bencomo, cuyo valor y demas buenas prendas le dieron un lugar señalado en los anales de la conquista. Los demas hijos de Tinerfe con sus descendientes, reinaron por este órden:

— **Acaimo en Güimar.** = Fué constante partidario de los europeos, y legó á su hijo y sucesor Añaterve sus inclinaciones á favor de los conquistadores, que recibieron de él grandes auxilios en los mas apurados trances, como á su tiempo veremos.

— **Atgaujona en el distrito de Abona.** = Vivió y murió en la oscuridad, y fué heredado por su hijo Atxoña, que celoso del poder de Bencomo, al par que ignorante y torpe, rehusó formar parte de la liga contra los españoles, contribuyendo con su ineptitud á la pérdida de la isla.

— **Atbitocarpe reinó en la antigua capital Adeje**, sucediéndole su hijo Pelinor, que en su ciega desconfianza siguió el errado sistema del imbécil Mencey de Abona, y no pudo por sí solo resistir al esfuerzo de los conquistadores.

— **Caconaymo ocupó los estados de Daute en la parte occidental de la isla**, y Romen sucesor suyo, despues de haberse opuesto á la liga por creerse lejos del peligro, se apresuró á pedir cobardemente la paz, cuando le vió mas cercano.

— **Chincanayro, Rey de Icod**, tuvo por hijo y sucesor á

Pelicar, el cual, émulo tambien de la superioridad de Bencomo, desechó como los anteriores Menceyes la alianza propuesta por aquel osado guerrero.

Rumen obtuvo en el repartimiento el fértil territorio de Tacoronte, y le sucedió Acaimo, uno de los mas hábiles defensores de la independenciam de su país.

Tegueste se apoderó del distrito á que dió su nombre y se hizo notable por su riqueza en ganados, pues segun se dice los guardaban cien pastores. Mas gloriosa fué la fama adquirida por su hijo Tegueste II, que habiéndole sucedido en el trono se distinguió por sus hazañas en la guerra contra los españoles.

Ultimamente, Serdeto, llamado por algunos Beneharo I, fué el hijo menor de Tinerfe, y Mencey en el canton de Naga, por el cual hicieron los conquistadores sus primeras tentativas, experimentando el valor de las terribles armas anaguesas. Al dejar aquel caudillo el trono á su hijo Beneharo II, le trasmitió tambien su ánimo esforzado, dando á la patria un ardiente defensor, y á Bencomo el mas formidable aliado.

Estos fueron los reinados que nacieron de la desmembrada monarquía de Tinerfe el Grande; mas tambien debemos hacer mencion de otro hijo bastardo de aquel príncipe, á quien se llamó *Achimencey* ó hidalgo pobre, por lo reducido del terreno que poseia al norte de la isla, y que aun conserva el nombre de *Punta del Hidalgo*. De este Achimencey fué hijo Zebensuí ó Zebensayas, cuyo valor extraordinario, aunque á veces mal empleado, le da un carácter casi fabuloso en las tradiciones del país.

Una revolucion contraria á la que se verificó en Tenerife, cambió el aspecto político de la isla de Canaria. Hallábase en lo antiguo dividida en varios cantones que obedecian á sus respectivos caudillos, cuando una muger ex-

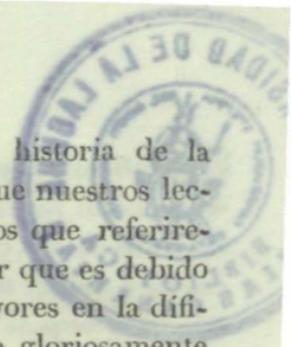
traordinaria por su talento y hermosura, vino á reunirlos todos bajo un solo cetro. Andamana era el nombre de esta heroína; y tanto se habia extendido la fama de su discrecion, que ningun caso de interés público se resolvia sin oir antes su consejo; pero como todos los espíritus elevados, Andamana tenia tambien muchos émulos que llevaban á mal su prepotencia y trataron de destruirla. Penetrada del intento, adoptó la resolucion atrevida de ofrecer su mano al valiente Gumidafe, caudillo de uno de los principales cantones, y reuniendo con promesas y halagos un respetable ejército, recorrieron ambos esposos en triunfal pompa toda la isla y fueron proclamados únicos soberanos de ella. Desde entonces se fijó la córte en el distrito de Galdar, donde existia una famosa gruta que sirvió de palacio á los nuevos reyes. Sucedióles su hijo Artemi-Semidan, muerto en el campo de batalla con motivo de la desgraciada expedicion de Bethencourt de que hicimos referencia en nuestro anterior artículo, de cuyas resultas sus hijos Tenesor y Bentaguaire repartieron entre sí la monarquía, debilitándola cuando mayor fuerza necesitaba para resistir al comun enemigo; el primero obtuvo el pais de Galdar, y el segundo el de Telde que abrazaba mas extenso y poblado territorio. Ufano con esta superioridad el ambicioso Bentaguaire, concibió el proyecto de apoderarse de los estados de Galdar, que invadió al frente de un ejército de 10,000 hombres; mas sin embargo de que Tenesor no estaba apercebido para tan rudo ataque, reunió 4,000 valientes, y escarmentó y desbarató con ellos las numerosas huestes de su hermano. Otra agresion no menos temible puso tambien en riesgo el poder de Tenesor. El *guaire*, ó ministro de su consejo Doramas, cuyas singulares prendas le habian granjeado la general estimacion, apoyado por algunos otros nobles adictos á su persona, se rebeló contra

aquel príncipe y se hizo fuerte con sus partidarios en la montaña á que dió su nombre. Dudoso se presentaba el éxito de esta sedición, cuando la muerte de Bentaguairé varió las miras del rebelde súbdito que se apoderó del Estado de Telde, donde reinó hasta la conquista.

Finalmente, la Palma, llamada por los naturales *Benahoave* (mi tierra), era la isla mas pequeña de las tres no subyugadas, y estaba dividida en doce reinos, que se distinguían con los nombres de *Aridané*, *Tinaya*, *Tamanca*, *Abenguareme*, *Tigalate*, *Tedote*, *Tenagua*, *Adeyahamen*, *Tagaragre*, *Garafia*, *Hiscaguan* y *Aceró*. En cada uno de estos distritos habia un príncipe que gobernaba independientemente de los demas, aunque solo se conocen los nombres de los que reinaron en los tiempos inmediatos á la conquista. Debieron ser continuas las disensiones y choques en un país tan subdividido y expuesto á los tiros de la ambición como á las venganzas y resentimientos de tantos caudillos; pero tampoco ha conservado la tradición sino un confuso recuerdo de las terribles guerras que se hicieron Echentive y Mayántigo, reyes de Abenguareme y Aridané, con cuyo motivo perdió el segundo un brazo y recibió el apodo de *Aganeyé*; como tambien de las que poco despues sobrevinieron entre el príncipe de Hiscaguan Atogmatoma y su sobrino Tanausu, que lo fué de Aceró, cuyos Estados invadió el primero con 200 hombres escogidos, sacando por fruto de tan temeraria empresa el castigo de su osadía y el baldón de una derrota.

Por la sucinta reseña que dejamos hecha se viene en conocimiento de que la organización política de las tres islas en ella comprendidas, fomentando el espíritu guerrero de sus habitantes hacia mas difícil su dominación; y como la brevedad que nos hemos propuesto en estos estudios no nos permita hacernos cargo sino de aquellos sucesos prin-

principales que se presentan en relieve en la historia de la conquista, debemos consignarlo así para que nuestros lectores puedan justamente apreciar los hechos que referiremos en el artículo siguiente, y dar el valor que es debido á los esfuerzos empleados por nuestros mayores en la difícil obra con tanto celo emprendida como gloriosamente acabada.





ARTICULO VI.

Expedicion de Juan Rejon. — Batalla de Guiniguada. — Desavenencias entre Rejon y el dean Bermudez. — Hazañas de Pedro Vera. — Asesinato de Juan Rejon. — Incurcion de Alonso Fernandez de Lugo á la Gran Canaria. — Sumision de esta isla. — Disturbios en la Gomera. — Destitucion de Vera. — Alonso Fernandez de Lugo es nombrado Capitan general de las islas no sometidas. — Conquista de la Palma.

Poco tiempo tardaron en hacer sentir su influencia los nuevos elementos conjurados contra las tres islas que habian sabido conservar hasta entonces el tesoro de su libertad. La Gran Canaria, célebre algun dia por sus frondosos bosques, por las sombrías grutas, cubiertas siempre de altos y robustos árboles, cuyas espesas ramas jamas dejaron penetrar los rayos del sol en aquellos albergues misteriosos habitados por los principales caudillos del pais; esta isla, despojada hoy por la mano de la civilizacion de los mas ricos adornos con que plugo á la naturaleza engalanarla (1), recibió en sus costas el 24 de Junio

(1) Una de las maravillas que en la antigüedad ofrecia la isla de Canaria era el magnífico bosque de Doramas, tan ponderado por la fama que alcanzó el principe á que debió su nombre, como por lo frondoso y pintoresco del sitio. "Hay sobre todo, dice Viera, en la espesura de este bosque virgen un parage delicioso llamado Madres de Moya, en donde el canto de las aves es maravilloso; fáciles senderos le recorren en todas direcciones, que parecen un esmero del arte

de 1478 al experto y valeroso guerrero Juan Rejon, á cuya pericia confiaron los Reyes Católicos tan difícil conquista. Setecientos hombres de desembarco, entre soldados de infantería, algunos de á caballo y varios nobles y aventureros, componian esta expedicion, de la que eran segundos gefes el alferez mayor Alonso Jaimez de Sotomayor y el dean de la Santa Iglesia de Rubicon D. Juan Bermudez.

A la llegada de estas tropas la inquietud y la alarma se difundió en los países del distrito de Telde por donde hicieron su desembarco. El activo Doramas mandaba á la sazón en aquel territorio, y ciertamente no podía presentarse mas digno enemigo de las armas españolas. Este bravo caudillo recorre los campos, convoca á los principales nobles, conferencia con unos, anima á los otros, recuérdales la muerte gloriosa del valiente Artemi, y despues de reunir un cuerpo de ejército de mas de dos mil hombres, ayudado por el intrépido Adargoma, *Guairé* de Galdar, se dirige á las tierras que baña el Guíniguada, donde los españoles habian juzgado oportuno asentar sus reales, y se ocupaban en fortificarlos. Prematuro fue para las tropas expedicionarias el ataque de los isleños, puesto que no se hallaban todavía en aptitud de resistirle en sus trincheras; pero desechadas las negociaciones con que el sagaz Rejon procuraba ganar tiempo, vióse este obligado á combatir, y al efecto dividió en tres partes sus escasas

y agradan mas porque no lo son: por ellos se llega al recinto que los canarios llamaron la Catedral, inmensa cúpula de verdor formada por el conjunto de bellísimos árboles, como laureles de algunos siglos, cuyos troncos forman columnatas y sus ramas, entrelazándose á manera de arcadas, producen pasmosa vista.' Por desgracia han desaparecido estas bellezas en su mayor parte, y las frondosas arboledas que cubrian en otro tiempo la isla se han reducido progresivamente á causa de los desmontes que se ejecutan, empleándose muchas de sus maderas en la construcción de barcos para la pesca.

fuerzas: dió el mando del ala derecha al Capitan Alonso Fernandez de Lugo, el de la izquierda al de igual clase Rodrigo de Solórzano, mientras el mismo Rejon dirigia el centro y el dean Bermudez la caballería, llevando el estandarte Real Alonso Jaimez de Sotomayor. ¡Sublime espectáculo y digno de eterna fama ofrecian aquellos pocos valientes que con ánimo sereno se preparaban á arrostrar en tierras desconocidas los riesgos de tan desigual combate! La disposicion de las tropas contrarias no era tan ordenada; pero sobre ser triples en número contaban el de quinientos isleños armados con lanzas y rodelas que adquirieron sin duda de resultas de anteriores invasiones, y á esta circunstancia se agregaba la de venir mandados por intrépidos Guaires, entre los que se distinguian el de Tazarte, Adargoma y Maninidra. Tres horas duró la accion, reñida y obstinada, sin ventajas de una ni otra parte: el ala izquierda de los españoles se hallaba ya agobiada por las fuerzas que sobre ella cargaron, cuando Rejon, acudiendo á restablecer allí el combate, hirió de un golpe de lanza é hizo prisionero al terrible Adargoma. El furor de los isleños sube entonces de punto, y en sus impulsos de venganza se arrojan ciegos sobre los contrarios, que con imperturbable serenidad los reciben en las puntas de sus lanzas; lo cual, unido á los estragos que les causaban con sus cañones y caballos, decidió á Doramas á retirarse con pérdida de trescientos hombres y mayor número de heridos, mientras que los españoles solo tuvieron siete de los primeros y veinte y seis de los segundos.

Tal fué la famosa batalla de Guiniguada, una de las mas célebres de que hay memoria en los fastos de la conquista que describimos: puede decirse que en ella se decidió la suerte de la isla de Canaria. Sus altivos habitan-

tes, en quienes la fortuna habia infundido la presuncion de que eran invencibles, recibieron el triste desengaño de su error; en tanto que los españoles, concluyendo sosegadamente la fortificacion de su campo, al que llamaron *Real de las Palmas* con motivo de las muchas que en él se criaban, pudieron extender sus correrías por el pais al abrigo que aquel les ofrecia. Las esperanzas que hicieron concebir tan ventajosos resultados fueron no obstante defraudadas en algun modo por los choques ocurridos entre Rejon y el dean Bermudez, cuyas desavenencias, decididas por la corte ya en favor del uno, ya en el del otro, terminaron con la destitucion de ambos, sufriendo entre tanto graves perjuicios las armas españolas, principalmente cuando el último las dirigia, pues las incursiones que ejecutó el dean en lo interior de la isla tuvieron por lo general un éxito desgraciado.

Las contiendas de los gefes expedicionarios produjeron el nombramiento que para sustituirlos hicieron los Reyes Católicos en favor de Pedro Vera, caballero andaluz, alférez mayor de Jerez de la Frontera y alcaide de Jimena. Distinguióse este guerrero por haber vencido á Doramas en un duelo á muerte que sostuvo con él en presencia de las tropas de los dos contrarios bandos; mas como los isleños al notar el desastre de su caudillo arremetiesen con furia á los españoles, trabóse entre unos y otros un combate general en que los últimos llevaron la mejor parte, apoderándose sucesivamente de los distritos de Santautejo, Arucas y Moya, si bien alentados por tan prósperos sucesos, llegaron tambien con excesiva confianza al de Tirajana, donde sufrieron un descalabro considerable.

En tanto que Vera reparaba los desaciertos cometidos por sus antecesores, obtenia Rejon de los bondadosos reyes de España, no solo el perdon de sus pasados yerros,

sino el encargo de someter las islas de Tenerife y la Palma, con el carácter de adelantado, á cuyo fin le concedieron los necesarios recursos; pero esta empresa fué malograda por el asesinato de aquel gefe, que se verificó en la isla de la Gomera al tiempo que desembarcaba en sus costas obligado por un recio temporal. Las sospechas de tan horrible crimen recayeron sobre el gobernador Hernan Peraza, el cual, deseoso de dar pruebas de su lealtad y de atraerse la benevolencia de los soberanos, que se preparaban á castigarle, se ofreció á contribuir con algunas compañías á la conquista de Canaria; y en efecto acudió al fuerte de Agaete, que poco antes se habia levantado en esta isla en medio del territorio de Galdar. Alonso Fernandez de Lugo, alcaide á la sazón de aquella fortaleza, trató de utilizar tan oportuno como inesperado auxilio, y reuniendo sus fuerzas con las de Hernan Peraza, favorecido por la oscuridad de la noche, hizo una atrevida incursión por aquel áspero distrito; apoderóse del guanarteme Tenesor-Semidan, del famoso Maninidra y de otros Guaires, y se retiró cargado con un rico botin. Semejante hecho, sobre la importancia material de sus resultados, fué sumamente provechoso á los conquistadores, pues enviados á España los prisioneros de Lugo, quedaron de tal modo deslumbrados por la magnificencia de la corte, que el guanarteme de Galdar, rindiendo homenaje de obediencia á tan poderosos monarcas, recibió el bautismo con el nombre de Fernando y se restituyó á la isla, donde hizo grandes servicios á la causa de los conquistadores. Esta circunstancia, unida á los refuerzos de nuevas tropas que Vera obtuvo, le decidieron á emprender el ataque de los puntos fortificados que ocupaban los mas decididos isleños bajo el mando de Bentejui, caudillo de gran cuenta por su extremado valor. Inútiles fueron las amonestacio-

nes y consejos que el convertido D. Fernando dirigió á los canarios antes y despues de comenzar las hostilidades, pintándoles con vivísimos colores el poder y la opulencia de los monarcas que patrocinaban la conquista: palmo á palmo defendieron aquellos valientes su terreno; y cuando reducidos ya al último extremo se vieron obligados á entregarse al vencedor, Bentejui y el *Faicán* ó gran sacerdote, que no quisieron pasar por tal ignominia, se arrojaron al mar desde una elevada roca, ahogando así en el Océano el fuego de su heróico patriotismo.

La conquista de Canaria se concluyó el 19 de Abril de 1483, y sus tierras fueron desde luego distribuidas entre los que á ella contribuyeron en proporcion á sus servicios, sin excluir al guanarteme D. Fernando y otros isleños que recibieron territorios por merced de los Reyes Católicos. El aspecto de aquel país varió completamente bajo el dominio de los españoles; en el sitio que ocupó el *Real de las Palmas* se levantó una población que, ennoblecida con el título de villa, fué y continúa siendo capital de la isla: la humilde catedral de Rubicon, trasladada á la nueva ciudad de las Palmas, quedó consagrada en un edificio digno de su instituto: la agricultura tomaba incremento con la aclimatacion de árboles frutales y otras plantaciones desconocidas hasta entonces de los indígenas: poblábase la isla con habitaciones bien construidas, y las artes é industrias importadas del Continente abrian por todas partes nuevas vías á la civilizacion y adelantos del ingenio, mientras el comercio contribuía con sus beneficios á suavizar las costumbres y á fomentar la riqueza de aquellos habitantes.

En medio de tanta prosperidad el afortunado Pedro Vera disfrutaba tranquilo el galardón de su conquista, cuando por los años de 1488 ocurrieron graves disturbios

en la Gomera, de cuyas resultas fué asesinado el gobernador de la isla Hernan Peraza, y su desgraciada viuda Doña Beatriz de Bobadilla encomendó la venganza al vencedor de los canarios, quien deseando pagar á la memoria de su amigo un tributo de expiacion, ejecutó con los rebeldes súbditos las mas inauditas crueldades. Las reclamaciones que con este motivo dirigió á la corte el obispo D. Juan de Frias ocasionaron la destitucion de Vera, que fué relevado en el gobierno de Canaria por Francisco de Maldonado; y despues de haberse distinguido en la toma de Granada, murió en España cuando se disponia á volver á las islas absuelto y repuesto en sus destinos por la munificencia de los reyes.

Desde la separacion de Vera empieza á resplandecer con todo su brillo el nombre de Alonso Fernandez de Lugo. Este héroe, que hizo renacer los gloriosos dias de Bethencourt, estaba destinado á ejecutar la mas difícil parte de la empresa concebida por el ilustre normando. Noble como él, y como él valiente y entendido, Fernandez de Lugo era al mismo tiempo uno de los mas esclarecidos guerreros de su época: habia adquirido sus primeros títulos y conocimientos militares en la guerra contra los moros, y agregado despues á la empresa de Juan Rejon, le hemos visto señalarse en la conquista de Canaria, donde fué recompensado con el territorio de Agaete, que recordaba una de sus mas altas proezas. Establecido, pues, en aquella nueva patria con su esposa y sus hijos, meditaba en silencio la adquisicion de las dos temibles islas aun libres, hazaña digna de su animoso esfuerzo. Impulsado por este pensamiento, dirígese á la corte de España, propónele á los católicos soberanos, ocupados á la sazón en el memorable sitio de Granada; y allí, en el mismo campo de *Santa Fé*, en medio del aparato belicoso que

solemnizaba la agonia de un gran pueblo, la Reina Doña Isabel, nacida para cobijar con su Real manto las empresas mas extraordinarias, manda expedir á Lugo la patente de capitan general de las conquistas de la Palma y Tenerife. Hé aquí todo lo que él necesitaba: su reputacion militar, su probidad, su crédito en todos conceptos le afianzaban lo demas. Con tales garantías encuentra dinero, soldados y caballeros ilustres, que amigos de transmigraciones, guerras y aventuras, se unen á su expedicion: al llegar á Canaria recibe esta considerable aumento con la agregacion de los principales españoles que allí existian y de los mas distinguidos isleños, entre los que se contaban D. Fernando Guanarteme y el famoso Maninidra, bautizado con el nombre de Pedro; y pronta y convenientemente organizadas estas tropas, dos navios y una fragata las conducen hácia las escabrosas costas de la Palma en los últimos dias de setiembre de 1491.

Habia juzgado Lugo preferible dar principio á su ataque por esta isla, pues aunque en extremo fragosa, le parecia menos poblada y fuerte que Tenerife. Hizo su desembarco por las playas de Aridane, uno de los doce cantones en que estaba dividida, y cuyo gefe, Mayántigo, reconociendo la superioridad de los españoles, le dirigió proposiciones de paz, en las que se obligaba á prestar obediencia á los Reyes Católicos y abrazar la religion cristiana, siempre que se le conservase el carácter de príncipe de aquel territorio: iguales ofertas hicieron los gefes de los cantones de Tihuya, Abenguareme y Tamanca. No vaciló un momento Lugo en admitir á tan corto precio la amistad provechosa con que le brindaban aquellos caudillos; y así como supo cautivar su aprecio por la templanza y humanidad que con ellos usaba, consiguió tambien aterrar con sus vencedoras armas á Jariguó y

Garchagua que mandaban en Tigalete, y que presentaron tenaz resistencia. Tales ejemplos, unidos al orden y disciplina que hacia observar á sus tropas, produjeron la rendicion de los príncipes de Tedote, Tenagua, Adchayamen, Tagaragre, Galguen y Atogmatona; pero con la adquisicion de estos distritos solo habia conseguido Lugo allanar los mas leves obstáculos que se oponian á la conquista de la Palma. En el centro de esta isla existia un territorio, que con el nombre de Aceró ó *la Caldera*, presenta todavía el raro espectáculo de una montaña de 7,234 piés de elevacion, sobre dos leguas de diámetro, horadada por un profundo cráter en donde se encierran, como sepultadas, antiguas y frondosas selvas, humedecidas por los arroyos que surgen de la multitud de grietas en que se quiebra el áspero terreno. Aquellas raras escabrosidades formaban los dominios del príncipe Tamausú, isleño de muchos brios, enemigo de los extrangeros, y mas orgulloso aun por la fortaleza del pais en que reinaba. Atrincherado en sus riscos, ofreció allí un asilo á los indígenas que siguieron su causa, é hizo por largo tiempo inútiles los esfuerzos que Lugo empleaba para desalojarle de tan inexpugnables posiciones: solo una vez lograron los españoles penetrar en aquel territorio por el punto de Axerxó con el auxilio de algunos isleños amigos que los trasportaron en hombros, de cuyas resultas quedó señalado aquel paraje con el nombre de *Paso del Capitan*; pero cuando se consideraban dueños del puesto mas elevado, otra eminencia mayor y de mas difícil acceso se presentaba á sus ojos coronada con los guerreros de Tamansú. Advertido, pues, Lugo de lo inútiles que eran tales tentativas, procuró emplear la astucia donde el valor no bastaba, y fingiendo una retirada atrajo á los enemigos á mejor terreno, emboscóse cautelosamente y logró por fin envolver en la

red al bárbaro caudillo con la mayor parte de su gente. Tamansú, hecho prisionero y enviado en este concepto á España, se quitó la vida privándose de alimento. De esta manera terminó á principios de Mayo de 1492 la conquista de la isla, que desde entonces se llamó San Miguel de la Palma, á los siete meses de emprendida.

En el próximo artículo referiremos la trabajosa lucha empeñada con los *guanches* ó habitantes de Tenerife para someter esta isla, con lo que se completó la conquista del archipiélago canario.

ARTICULO VII.

Primeras operaciones en la isla de Tenerife.—Batalla de Acentejo.—Retirada á Canaria.—Segunda Batalla de Acentejo.—Hazaña de los doce soldados.—Escasez de viveres en el campo de los españoles.—Accion generosa de Lope Hernandez de la Guerra.—Tercera batalla de Acentejo.—Incurcion en la Orotava.—Sumision de Tenerife.

TENERIFE, la Nivaria de Plinio ó la isla del *Infierno*, pues tal era el nombre aplicado en lo antiguo por los indigenas al famoso pico de Teide, que sobre una base de altas montañas se eleva prodigiosamente hasta perderse en la region de las nubes; esta isla en que moraba la formidable raza *guanchinca*, vióse al fin atacada por los atrevidos guerreros españoles, que en número de 1,000 soldados de infantería y 120 de á caballo desembarcaron por el punto de Añago, donde hoy se halla situada la capital Santa Cruz, el dia 1.^o de Mayo de 1493. Allí establecieron su real, construyendo un fuerte ó torreón, mientras los isleños se preparaban á la defensa animados por Bencomo, príncipe de los estados de Taoro y el mas activo y poderoso de toda la isla. Bajo la direccion de este caudillo se formó una liga de varios distritos que se unieron para salvar la independenciam del país; pero la desconfianza con que algunos miraban la superioridad de Bencomo, á quien atribuian miras ambiciosas, redujo el número de los aliados á los menceyes de Tacoronte, Anaga, y Tegueste, juntamente con Zebensuí ó el Hidalgo Pobre.

Los demas príncipes se propusieron defender aisladamente sus respectivos territorios, á excepcion de Añaterve de Güimar, que favorecia de secreto á los españoles, de quienes era leal amigo por hallarse iniciado en las verdades de la religion católica.

A pesar de esta ventaja la situacion de los invasores era asaz comprometida, habiendo de luchar contra un número excesivamente mayor de enemigos, no menos valientes y acostumbrados á arrostrar los azares de la guerra, por efecto de sus anteriores discordias. Cerca de un año trascurrió sin que Lugo pudiese emprender ninguna operacion de importancia, empleando la mayor parte de este tiempo en la fortificacion de su fuerte y en estrechar sus encubiertas relaciones con el caudillo de Güimar: pero en Abril de 1494, cansado ya de tal inaccion y confiado por de mas en su esfuerzo y su fortuna, se propuso avanzar hasta el distrito de Taoro y así lo ejecutó sin advertir que dejaba á sus espaldas el escabroso punto de Acentejo. Ningun obstáculo parecia oponerse á su marcha: bien al contrario, los frondosos campos que iba divisando, los valles cubiertos de árboles variados, abundantísimos en mocanes, madroños y otras frutas silvestres, todas estas perspectivas animadas por las hermosas tintas de la primavera, le ofrecian siniestro cebo, que incauto buscaba el animoso capitan, internándose por aquellos desconocidos y pintorescos sitios, en tanto que Bencomo, apercibido de su error, destacaba sigilosamente á su hermano Tinguaro con trescientos guanches escogidos á las alturas de Acentejo. Tranquilamente volvía Lugo con su tropa hácia el fuerte de Añago, cuando de improviso vióse acometido en su retaguardia por tres mil hombres que mandaba el mency de Taoro; á cuya sazon la gente de Tinguaro comenzó á descargar enormes piedras desde sus posiciones

elevadas, causando grande pérdida á los españoles. Rodeados estos y envueltos por numerosos enemigos en terreno tan desventajoso y sin posibilidad de maniobrar con su caballería, en vano hacian prodigios de valor: el mismo Lugo, despues de haber herido á Bencomo, recibió un golpe terrible que le derribó al suelo sin sentidos, viéndose al recobrarlos en medio de los leales güimareses, que libraron al amigo de su rey del poder de los bárbaros. Novecientos españoles quedaron muertos en el campo de batalla; y los escasos restos que lograron salvarse, dispersos por las montañas, todavía sufrían nuevos descabros, hasta que al fin consiguieron reunirse en número de 200 en el casi desierto campo de Añago. Lugo estaba entre ellos, y con desesperado esfuerzo aun alcanzó la gloria de rechazar el ataque de 400 guanches mandados por Jaineto, causándoles la muerte de 160 hombres incluso su caudillo.

De este modo funesto se inauguró la conquista de Tenerife. Tan inesperado revés hubiera abatido á un ánimo de otro temple que el de Alonso Fernandez de Lugo; pero este guerrero, mas que nunca firme en su propósito y sin echar en olvido el costoso escarmiento de su ciega confianza, reunió consejo de oficiales para acordar las disposiciones convenientes en tan apurada situación. La infausta batalla de Acentejo habia reducido las fuerzas expedicionarias casi á la nulidad, y á pesar de los auxilios que continuaba ofreciéndoles su fiel aliado Añaterve, eran sus recursos impotentes para luchar con las numerosas y aguerridas tropas que los guanches les oponían. En este concepto resolvióse el regreso á Canaria, con el fin de reunir en aquella isla los medios necesarios para dar nuevo vigor á la desconcertada empresa: la escuadra española se retiró en efecto el 8 de Junio de 1494.

Increíble parece la actividad que Lugo desplegó para

organizar esta segunda expedición. Con una sociedad de comercio establecida en Canaria contrató el equipo y armamento de 600 soldados de infantería, todos peninsulares, á condicion de repartir por mitad los despojos de la conquista: alistó ademas varias compañías de canarios, majoreros, lanzaroteños y gomeros, y logró en fin reunir en poco tiempo 1,000 infantes y 170 caballos, con los que salió de nuevo para Tenerife el 3 de Noviembre, arribando á la misma costa de Añago y reconstruyendo el fuerte demolido por los naturales durante su ausencia. Animado Bencomo con el recuerdo de su anterior triunfo, determinó presentar la batalla en los inmediatos llanos de Acentejo, si bien apoyaba su arrogancia no menos que en un ejército de 10,000 hombres: mas aunque era grãnde la superioridad numérica de estas tropas, Lugo que tenia en su favor los recursos de la táctica y el auxilio de su caballería, sumamente útil mediante la buena disposicion del terreno, aceptó el reto, no sin hacer antes proposiciones de paz desairadas por los orgullosos guanches. Empeñada, pues, la accion trabóse desde luego sangrienta y general batalla: el fuego de los cristianos diezma y dispersa las numerosas filas de los bárbaros, y estos, poco habituados á semejante género de pelea, se confunden aterrados y huyen al fin con pérdida de mas de 1,700 hombres, entre los que se contaba el valeroso Tinguaro, quedando tambien mal heridos Bencomo y el Mencey de Tacoronte con otros muchos gefes isleños. La pérdida de los españoles se redujo á 45 individuos fuera de combate, de los cuales unos 30 que se retiraban mal parados al campo de Santa Cruz, cayeron prisioneros en poder de Sigoñe, que al frente de 400 indigenas los atacó y venció despues de una briosa resistencia; pero fueron á poco libertados por una partida que al efecto destacó Lugo, bajo el mando de

Lope Hernandez de la Guerra y de Pedro de Vergara.

Esta batalla que vengaba completamente el desastre de Acentejo, infundió grande aliento á los expedicionarios; y desde entonces no cesaron de hacer arriesgadas incursiones por el pais, desolado á causa de una horrorosa peste que se atribuye á la corrupcion de los cadáveres insepultos con motivo de la guerra. Por esta causa los españoles solian las mas veces encontrar desiertos los campos y desamparadas las habitaciones, ó bien se empeñaban refriegas y escaramuzas en que por lo general llevaban la mejor parte. Entre estas acciones sin grandes resultados, entre estos alardes de esfuerzo y bizarría, merece particular mencion la hazaña de doce soldados españoles que deseosos de alcanzar un señalado timbre en la historia de la conquista, pidieron permiso á Lugo para practicar solos un reconocimiento en el riscoso canton de Anaga. Temerario en de masía se mostraba el intento á los ojos del prudente gefe; pero vencido por la firme voluntad con que se le hizo la demanda, otorgó su consentimiento, y al través de los murmullos de reprobacion que en el campo cristiano se movieron, viéronse partir serenos los doce animosos camaradas, llegando hasta las tierras de Taganana, donde hicieron buena presa de ganados despues de haber rendido á los pastores que los guardaban. Satisfechos con este despojo emprendian la retirada hácia el punto de su partida; mas de pronto aparecieron unos 200 guanches capitaneados por el mismo mencey del distrito. Algunos momentos pasaron en que los bárbaros se detuvieron á contemplar con estúpido asombro aquellos pocos extrangeros que así cruzaban impávidos por un pais sembrado de peligros: pero creció su admiracion al oír la voz de uno de ellos, Rodrigo de Barrios, que con tono arrogante les intima la rendicion ó la muerte. Mas que la ira excitan estas pala-

bras el desprecio de los isleños, y disputaban entre sí el género de castigo que imponerse debía á los audaces invasores, cuando Juan de Llerena, volviéndose á sus compañeros,—«¿en qué nos paramos? les dice: mengua sería volvernos al real de Santa Cruz, sin el ganado que llevamos y la mitad de estos bárbaros maniatados. ¡Embistámosles!» —Y como si una fuerza eléctrica se hubiese comunicado en estas palabras á los españoles, arrójanse ciegos sobre sus enemigos y los aterran y dispersan de tal manera, que viéndose el mencey abandonado por los suyos y acosado tambien y herido, se despeñó desde una eminencia por no caer en manos de los vencedores. Así fué como estos doce campeones, á quienes llama Viera *los Doce Pares de nuestra conquista*, entrando triunfantes en el campo de Santa Cruz, dieron cabo á una hazaña que mas que en historia verdadera, si no se hallase bastante justificada, parece digna de ocupar un lugar en los romancescos libros de caballería.

En estas y otras diversiones semejantes pasaban los soldados de Lugo los rigurosos dias del invierno; pero á medida que la cruda estacion se prolongaba y con ella la imposibilidad de emprender nuevas operaciones, crecia la escasez de víveres en el campo cristiano, de modo que muchos llegaron á aconsejar la retirada ínterin no fuese posible aumentar los medios de abastecimiento con la adquisicion de nuevos territorios. A pesar de tan grave conflicto no desmayó el ánimo de Lugo, y convocando á los principales gefes de la expedicion, sin ocultarles el dolor que sentia por los padecimientos de sus soldados, ni lo inútil de sus gestiones para conseguir auxilios de Canaria, manifestó no obstante su firme resolucion de ser el primero en las privaciones como en los peligros, antes que renunciar á la gloria de su empresa, ni envilecerse con el bal-

don que recaería sobre los que siguieran el partido de los débiles. Terrible era la alternativa presentada en estas palabras á los abatidos guerreros, que con mudo y solemne silencio mostraban ya su resignacion á la dura prueba que se les exigía, cuando una voz de consuelo, arrancada por el mas puro entusiasmo, se levantó en medio del consejo ofreciendo el producto en venta de dos ingenios de azúcar para subvenir á tan urgente necesidad. El que así hablaba era Lope Hernandez de la Guerra, que en aquel momento de heroica exaltacion hacia el sacrificio de toda su fortuna en las aras de su patriotismo. No le fué posible á Lugo contenerse ante la generosa abnegacion del guerrero, y estrechándole tiernamente en sus brazos, hizo un voto de fundar en aquel sitio una capilla que con el título de Nuestra Señora de la Consolacion perpetuase la memoria de esta accion bellísima.

El honrado Lope, impaciente por presentar á sus compañeros de armas el auxilio que les ofreciera, partió sin demora á Canaria, llevó á efecto la enagenacion de sus bienes en 2,000 doblas, y adquiriendo con esta cantidad las descadas provisiones, volvió á los reales de Santa Cruz cuando la escasez habia llegado al extremo de repartirse á cada individuo por toda racion un puñado de cebada tostada. La venida de Lope, con que se restableció el vigor en los cuerpos y la alegría en los ánimos, fué la señal de ataque contra los isleños. Poco tardaron en ponerse en movimiento las tropas de la expedicion, adelantándose hasta los memorables llanos de Acentejo, donde formaron de nuevo sus atrincheramientos. Tampoco se hizo esperar Bencomo, que apareció al frente de 5,000 guanches, divididos en dos cuerpos, de los cuales uno mandaba él mismo y otro Acaymo, mencey de Tacoronte: en igual disposicion ordenó Lugo su gente dividiendo el mando con

Lope Hernandez de la Guerra. La impaciencia que animaba á unos y otros combatientes no dió lugar á la menor tregua; desde luego se trabó la mas reñida pelea que sin duda presenciaron aquellos campos. Los isleños, á pesar del estrago que sufrían en sus apretadas divisiones, sostuvieron la accion por espacio de cinco horas, hasta que mal heridos sus dos gefes y muertos mas de 2,000 hombres, comenzaron á cejar y huyeron al cabo en dispersion hácia los bosques de Arautapala, hoy la Orotava.

Tal vez hubieran sido mayores los resultados de esta batalla, en que los españoles perdieron solo 64 soldados, si Lugo no hubiera temido comprometer sus tropas empeñándose en una persecucion de éxito dudoso por aquellas incultas selvas. Determinó, pues, volver á Santa-Cruz, y pudo arriesgar mas en ello, porque haciéndose nuevamente sentir la falta de alimentos, reprodujéronse las murmuraciones, y á no haber alcanzado el perseverante general algunos donativos de su amigo el duque de Medinasionia, difícil le hubiera sido acallar tan justos clamores. De todos modos, como quiera que aquellos auxilios tardaron bastante en llegar á Tenerife, no fue posible proseguir las operaciones hasta principios de julio de 1495, en cuya época, internándose mas que nunca en la isla, entraron los españoles por primera vez en el delicioso valle de la Orotava, abandonado al parecer por los indígenas. Mas apenas fijaron aquellos su campo en el sitio que todavía conserva el nombre de *Realejo de arriba*, descendieron los guanches de sus guaridas y formaron tambien el suyo en el paraje llamado *Realejo de abajo*; si bien manifestaron mas pacífico ánimo que en otras ocasiones, puesto que excitados por Lugo á un avenimiento amistoso, Bencomo, Beneharo, Acaimo, Tegueste y Zebensuí, se decidieron á aceptarlo con las condiciones de conservar su libertad, ser

comprendidos en el repartimiento de tierras, abrazar la religion cristiana y rendir vasallaje á los Reyes Católicos.

La sumision de estos menceyes, celebrada con grandes regocijos, fué tan leal y sincera como profundo habia sido hasta entonces su odio contra los españoles; y así ambas huestes reunidas bajo un solo estandarte emprendieron la conquista de los cantones del mediodia, cuya resistencia se prolongó hasta el 29 de setiembre en que definitivamente quedaron sometidos. En consecuencia de tan prósperos sucesos, los nuevos cristianos recibieron el agua purificadora del bautismo; hizose con equidad y justicia la distribucion del territorio; en el valle de la Laguna se edificó la ciudad que con este nombre fué por muchos años capital de la isla, y Lugo siempre solícito por introducir en ella las mejoras de que era susceptible, dió impulso á la agricultura, procuró fomentar las buenas artes, fundó iglesias y hospitales, formó útiles reglamentos para el gobierno interior del pais, y en premio de tan eminentes servicios obtuvo de los Reyes Católicos, á quienes se presentó con los príncipes vencidos, el título de Adelantado de las islas Canarias. A su regreso á Tenerife realizó su matrimonio con Doña Beatriz de Bobadilla, viuda de Hernan Peraza, la cual se hizo notable por las crueldades que ejerció con sus infelices súbditos y fué asesinada en Medina-Sidonia, adonde habia pasado por mandato de los justicieros Monarcas. Libre otra vez Lugo, contrajo segundas nupcias con Doña Juana Maciot, francesa, y murió por los años de 1525 en la ciudad de la Laguna, despues de haber adquirido el derecho de que su nombre, ilustrado tambien en la conquista de Costa-firme por don Pedro Fernandez de Lugo su hijo y sucesor, se trasmitiese con orgullo de una en otra generacion entre aquellos volcánicos riscos que fueron testigos de su gloria.

Tales fueron los principales sucesos que formaron ese hecho grandioso de la conquista de Canarias, hecho que bien pudiera dar lugar á mas interesantes relaciones si la rudeza de nuestra pluma por un lado, y por otro la estrechez de los límites que nos hemos impuesto, no disculpasen nuestra ligereza. Con igual rapidez examinaremos en el artículo siguiente los inmediatos efectos del cambio producido por el triunfo de las armas españolas en las subyugadas islas del Atlante; y anotaremos de paso algunos de los rasgos que caracterizan mas particularmente á este pais, distinguiéndole de las demas provincias del reino á que por tan insignes títulos quedó agregado.



ARTICULO VIII.

Medios empleados por los conquistadores para apagar el espíritu de nacionalidad en los indígenas. — Progresos religiosos. — Administracion de justicia. — Principales invasiones de que han sido objeto estas islas despues de la conquista. — Volcanes. — Inundaciones.

SOMETIDAS las islas Canarias á la corona de Castilla, la civilizacion del pueblo conquistado toma gradualmente las formas del conquistador, y su historia política fundiéndose, por decirlo así, en la historia general de España, pierde en gran manera el sello de originalidad que habia llevado antes de aquella época memorable. Mas no se crea por esto que los antiguos isleños dejaron de conservar durante algun tiempo muchos de sus hábitos tradicionales en su género interior de vida: aun actualmente, en medio de la completa trasformacion que se ha verificado en las venidas islas del Atlántico, el ojo observador del filósofo no tardaria en descubrir en sus naturales ciertos rasgos característicos de los descendientes de Bencomo y de Doramas.

A destruir estas tendencias, á borrar hasta los recuerdos que pudieran despertar entre los isleños el espíritu de su nacionalidad, se dirigió el primer cuidado de los conquistadores. Recelosos del prestigio que debian ejercer en el país sus anteriores caciques, y aleccionados por las revueltas sediciosas que estos promovieron frecuentemente

en las primeras islas subyugadas, trataron de alejar de aquellos dominios á los mas ardientes defensores de la independencia. La mayor parte de los antiguos menceyes y los principales guanches fueron trasladados á España y presentados por el conquistador Fernandez de Lugo á los Reyes Católicos en holocausto de su victoria, y nada se dice de su regreso á las islas, siendo muy probable que permaneciesen en el continente segun lo exigian las miras políticas de aquellos monarcas. En cuanto á las demas clases del altivo pueblo guanchinés, la miseria y la abyeccion á que se vieron reducidas acabaron de amortiguar sus brios y de sumirlas en la mas completa nulidad.

La propagacion del cristianismo fue otro de los medios, y sin duda el mas eficaz, que los vencedores emplearon para modificar las ideas de los isleños y suavizar sus costumbres. Los capellanes de Bethencourt, Bontier y Leverrier, habian ya conseguido la conversion de muchos indigenas, formando un sencillo catecismo que estuviese al alcance de su ruda inteligencia, y desde entonces otros religiosos animados de igual piedad continuaron con éxito enseñando por la predicacion las verdades del Evangelio; pero cuando las instituciones eclesiásticas tomaron mas incremento en las islas fué desde el año de 1486 en que los soberanos de España obtuvieron bula pontificia para que así ellos como sus sucesores pudiesen fundar en el reino de Granada y en las Canarias cuantos conventos y monasterios juzgasen convenientes, con cuyo motivo llegaron á establecerse en las últimas no menos que veinte de franciscanos, trece de religiosos dominicos, ocho de agustinos, quince de monjas de varias órdenes, y tres colegios de jesuitas, sin hacer cuenta de la catedral, iglesias parroquiales y demas institutos propios del clero secular, ni de los establecimientos de instruccion, dirigidos siempre por

eclesiásticos, á quienes justo es reconocer el beneficio que en esta parte hicieron á las islas. En efecto, los primeros pasos dados para fomentar en ellas la instruccion pública se debieron al celo de los religiosos agustinos instalados en la ciudad de la Laguna. Una pobre hermita, fundada por Alonso Fernandez de Lugo para que sirviese de morada á dos humildes cenobitas que le acompañaron en la conquista, fué la base del grandioso establecimiento que, dotado con las donaciones de Jorge Grimon y con algunas otras limosnas, se llamó despues convento de San Agustin. Esta comunidad tomó desde luego á su cargo la propagacion de los estudios escolásticos; y á favor de las concesiones que obtuvo del Papa Clemente XI, que facultó á aquel instituto para promover á los grados menores de bachiller y licenciado, dió origen á la creacion de la universidad literaria, tan deseada por los isleños como combatida por los frailes dominicos, que apoyaban al mismo tiempo el establecimiento de un seminario conciliar en la ciudad de las Palmas, vivamente reclamado por los canónigos de aquella catedral.

Al paso que tan profusamente se organizaba el servicio espiritual en las islas, se atendia con igual celo á la administracion de justicia. A fin de evitar los perjuicios que se originaban á sus habitantes por la necesidad de apelar á la Chancillería de Granada de los agravios ó fallos de los Gobernadores, nombró el Rey por los años de 1526 tres jueces de apelacion para que abriesen audiencia en Canaria: mas sin embargo de que este tribunal fué solicitado y muy bien recibido por los isleños, comenzaron en breve las desavenencias entre los nuevos jueces y los gobernadores y ayuntamientos, sobre competencias de jurisdiccion; y con tal empeño sostuvo sus reclamaciones el concejo de Tenerife, que logró en 1532 una Real cédula facultándole

para entender en las causas de apelacion que no pasasen de diez mil maravedís, y otra en 1536 eximiendo á aquella isla del pago de salario para los oidores. A estas contiendas siguieron las que tambien suscitaron ambas islas sobre la residencia del tribunal, privilegio que cada cual reclamaba para sí y que es uno de los motivos que sostienen la eterna animosidad con que se miran estas dos orgullosas rivales del archipiélago canario.

En medio de la favorable influencia que semejantes instituciones debian necesariamente ejercer en el país, poniéndole por estos y otros medios de gobierno al nivel de la civilizacion de la época, se hallan en la historia de las islas Canarias ciertos hechos lastimosos, que opusieron sin duda grandes obstáculos al desarrollo de su riqueza y de su cultura, y que por lo mismo deben considerarse como una de las causas que las han conducido al estado de abatimiento en que se encuentran. Tales son, entre otros, las repetidas invasiones á que se vieron expuestas aun despues que formaron un cuerpo de nacion; la codicia, la venganza, la rapacidad, promovieron continuamente estos ataques contra un país que entregado casi siempre á sus propias fuerzas parecia el mas á propósito para satisfacer aquellas pasiones. El resultado coronó muchas veces los esfuerzos heróicos de los isleños; mas no por eso escarmentaron los agresores, antes bien hicieron como una costumbre de descargar su ánsia de rapiña en nuestras malaventuradas islas, ó de vengar en ellas sus rencores con la metrópoli.

Concretándonos á las principales agresiones de esta especie, posteriores á la conquista, creemos que pueda fijarse la primera en el año de 1553. Fué esta dirigida por franceses, en despique, sin duda, de las ventajas que obtenia Carlos V en las guerras de Flandes: setecientos hombres al mando del corsario *Pié de Palo* desembarcaron en la Pal-

ma y saquearon y quemaron la capital, abandonada por sus habitantes en los primeros momentos de sorpresa; mas pronto recobrando su ánimo sereno, volvieron los isleños contra los invasores y los obligaron á retirarse con grande pérdida. No fué esta la sola vez que las armas francesas amenazaron á las Canarias, ni este fué tampoco el único escarmiento que recibieron de sus denodados hijos: hácia el año de 1571 los hugonotes, capitaneados por Juan de Capdeville se presentaron delante de San Sebastian de la Gomera, con cuatro naves francesas y una inglesa; pero fueron rechazados por el conde gobernador, cuyo furor y justa venganza se excitó por los horribles excesos á que desde luego se entregaron.

Empeñada posteriormente la reñida lucha que Felipe II sostuvo contra Enrique IV, la Francia que se vió en la necesidad de buscar alianzas para contrarrestar la fortuna de nuestras armas, halló una poderosa amiga en la nacion inglesa, que observando el descuido con que los españoles miraban la seguridad de sus costas, envió escuadras y expediciones á Cádiz y otros puntos marítimos para distraer de este modo su atencion. No se libraron entonces las islas Canarias de tan incómodas visitas, pues el 6 de Octubre de 1595 apareció delante de la ciudad de las Palmas una escuadra inglesa compuesta de 28 buques con 4,000 hombres de desembarco, á las órdenes del célebre Francisco Drake. Mandaba en la isla el gobernador Alonso Alvarado, quien resuelto á oponerse al ataque de los enemigos, cargó sobre ellos al frente de los milicianos del país, cuando habian logrado ya poner en tierra quinientos hombres. Derrotados estos y echados á pique cuatro de los mejores buques de la escuadra, los ingleses tuvieron por conveniente retirarse, y aunque repitieron el ataque por otro punto, fueron igualmente rechazados, experimentando en todo la

pérdida de 200 soldados y cuatro oficiales. Al siguiente año la escuadra inglesa destinada al ataque de las colonias españolas de América, á las órdenes del conde de Cumberland, surgió en el puerto de Naos, en Lanzarote, con ánimo de extraer las riquezas que suponían en poder del marqués gobernador de la isla. Al efecto se dirigieron hácia la capital 600 hombres bajo la conducta de Juan Berkeley; pero sus moradores, apercibidos del proyecto, pusieron á buen recaudo los objetos de mas valor, de manera que cuando llegaron los ingleses no encontraron otro mas digno trofeo que el vino de las bodegas; y el exceso que de esta bebida hicieron les obligó á emprender con presteza la retirada en la que no dejaron de ser molestados por los isleños.

Tambien los holandeses, que ademas de haberse comprometido en la alianza francesa tenían rencores que satisfacer con motivo de la ya citada guerra de Flandes, turbaron á su vez la tranquilidad de las Canarias. La grande expedicion que enviaron por los años de 1599, compuesta de 76 navíos y 10,000 hombres de guerra, puso en eminente riesgo la seguridad de las islas; pero estas numerosas fuerzas, despues de haber sido rechazadas por los gomeros, sufrieron igual suerte en Canaria, á pesar del empeño que mostraron en el ataque de esta última isla y de haberse apoderado de su capital, con muerte del gobernador Alvarado y otros bizarros oficiales. La gloria de esta heróica defensa pertenece al isleño Pamachamoso, que en una accion decisiva destruyó un cuerpo de 4,000 holandeses, matándoles mas de 2,000 guerreros y obligándoles á retirarse y á desistir de la empresa, cuyo fruto se redujo á un escaso botin y á la ruina de varios edificios.

Mas adelante, cuando las guerras de Sucesion ensangrentaban la Península, renovóse la enemistad entre in-

gleses y españoles, y dirigieron los primeros contra las Canarias continuas expediciones que se reprodujeron durante la dilatada lucha que estalló en 1739; pero en todas ellas sostuvieron los leales isleños el honor de sus armas, y aun alcanzaron la gloria de que posteriormente el célebre contra-almirante Nelson, rechazado y herido en Tenerife, se humillase á implorar del gobernador D. Francisco Gutierrez el permiso de ejecutar su retirada, bajo la protesta de no volver á dirigir sus armas contra ninguna de las islas del archipiélago.

Las agresiones de los moros africanos se hallan mas justificadas que las de las naciones europeas ante la razon y el derecho. Habian recibido infinitos agravios de los conquistadores de las islas Canarias, que en repetidas invasiones, legitimadas por las bulas de Roma, robaban ganados y caballos, saqueaban el pais, hacian gran número de esclavos, y mientras cometian estos y otros excesos, predicaban con fervor el Evangelio á los incrédulos mahometanos. Del mismo Bethencourt se refieren algunas correrías de esta especie; pero ningun otro se distinguió tanto en ellas como el célebre Diego de Herrera, que, segun hemos indicado en otro lugar, logró construir el castillo de *Mar pequeña* en las fronteras del reino de Marruecos. Agustin de Herrera, su hijo, fué tambien uno de los héroes de estas nuevas cruzadas, y cuéntase entre sus hazañas la de haber vencido en singular combate al Sherif-Athomar, que rescató su libertad entregando cincuenta esclavos á su afortunado enemigo: en fin, otros muchos guerreros, que gobernaron las Canarias, formaron con los cautivos grandes compañías de berberiscos, á quienes Felipe III exceptuó de la expulsion, decretada contra los moros de España, y siguieron por muchos años empleándolos en semejantes empresas, hasta que habiendo sido tomado por el rey de Fez

el castillo de *Mar pequeña*, perdieron los cristianos el único punto de apoyo que en África tenían. Esta desventaja por una parte, y por otra el haberse abierto nuevo rumbo á la carrera de las conquistas con el descubrimiento de América, fueron las principales causas de que poco á poco fuesen abandonando los isleños sus pretensiones en las costas africanas; pero habian dejado en ellas semillas de venganza que no tardaron en producir sus frutos, pues convertidos los moros á su vez en agresores, supieron pedir estrecha cuenta de los agravios recibidos. El corsario Calafat fue el primero que por orden del rey de Fez se presentó en Lanzarote por los años de 1569 á ejercer el terrible derecho de la represalia: al frente de 600 tiradores logró hacer su desembarco, y á pesar de la tenaz resistencia que el gobernador le opuso, matándole 50 hombres, pudo saquear la isla por espacio de 18 dias y llevarse 90 cautivos. Algunos años despues atacó á la misma isla el célebre corsario argelino Amurat con 800 berberiscos y 400 turcos, batió el castillo de *Guanapaya* que servia de baluarte á la capital y en cuya defensa murió el gobernador Diego de Cabrera; entregó al fuego los archivos, donde se conservaban documentos importantes; quemó igualmente 10,000 fanegas de trigo y cebada, é hizo 200 cautivos, entre los cuales iban la esposa é hija del marqués de Lanzarote, que pagó por su rescate 15,000 ducados. Otra invasion ejecutó en Fuerteventura el corsario berberisco Javan Arraez, si bien no fué tan desastrosa como la anterior. Pero hacia largo tiempo que los moros africanos habian dado tregua á sus excursiones sobre las Canarias, cuando en el año de 1618 verificaron una de las mas funestas de que hay recuerdo en la historia de nuestras islas. El dia 1º de Mayo, una escuadra compuesta de 60 velas bajo el mando de Taban y Soliman, Arraeces, se presentó de improviso en

las costas de Lanzarote. Los habitantes de la isla, aterrados ante el número de los enemigos, huyeron precipitadamente, unos á refugiarse en Fuerteventura y los demas á esconderse en profundas cavernas, ya que otro medio de salvacion no tenian; mas estos últimos fueron vendidos por un isleño pérfido, y 900 de ellos, incluso el delator, quedaron cautivos en poder de los argelinos, quienes no satisfechos con este despojo, talan, destruyen y entregan á las llamas los templos y las casas. Dirígense en seguida á la Gomera y allí se ceban de nuevo con ávido furor en la desolacion y en la ruina, mientras los moradores huyen despavoridos del terrible azote que les amenaza con la esclavitud ó la muerte. Parte por fin la escuadra á la Palma, y el aspecto imponente de 800 guerreros dispuestos á defender el castillo, única fortaleza de la isla, detiene á los moros y les hace dar cabo á su correría tomando ufanos la vuelta de Argel: de los 1,000 cautivos que llevaban, mas de 200 fueron libertados por el Almirante Miguel de Vidazabal, que con la escuadra de Cantabria tomó á los berberiscos un navio en el estrecho de Gibraltar.

Con tales accidentes alternan de vez en cuando las erupciones volcánicas como para dar algun realce y variedad al severo cuadro que forma la historia lastimosa de las islas Canarias. Si se atiende á las noticias que nos han transmitido los navegantes de los siglos XIV y XV, no puede ponerse en duda que los fuegos subterráneos estuvieron por aquellos tiempos en accion principalmente en las islas de Tenerife, coincidiendo estas explosiones con las de los demas grandes volcanes de nuestro hemisferio: pero sin detenernos en el exámen de tales hechos, referidos con harta confusion en las relaciones de los supersticiosos marinos, haremos solo una ligera reseña de algunas de las mas principales erupciones que se han verificado con posteriori-

dad á la conquista. Refiérese la primera al año de 1585, y tuvo lugar en la isla de la Palma. Segun la descripción de fray Alonso de Espinosa, fue anunciada por grandes y repetidos estremecimientos de la tierra, que se hinchaba y crecía, semejante á la ola agitada por la marejada sorda, llegando así á formarse una gran montaña que al estruendo de horrorosa detonacion se abrió al fin en diversas bocas y arrojó por ellas inmensos rios de fuego: cuando estos torrentes de lava se perdieron en el mar, calentaron de tal modo las aguas de la costa que los peces se cocieron y á los barcos se les derritió la brea.

El siglo XVII fué para las Canarias fecundo en grandes catástrofes. Ya hemos visto que en su primer tercio el terrible ataque de la escuadra argelina puso en consternacion á todo el archipiélago: pocos años habian trascurrido desde tan lamentable suceso, cuando se verificó la inundacion de Garachite (Tenerife), á la cual llama Viera el Deucalion de las Canarias, por los estragos que causó el agua al descender de las montañas, arrastrando 80 casas, destruyendo los campos y echando á pique mas de 40 embarcaciones inmediatas á la costa: por último, despues de algunas erupciones de poca importancia, acaeció á fines de aquel mismo siglo la llamada de Fuencaliente, por ser la punta de este nombre donde se fijó el centro de actividad del volcan: sus efectos fueron tales, que alteraron considerablemente el aspecto orográfico de la isla de la Palma, dejando en ella por monumento y recuerdo de su funesta aparicion una inmensa pirámide, cuyas pendientes se hallan cubiertas de cristales de azufre y de cierta sustancia blanca compuesta casi enteramente de una sublimacion de sal marina.

Sería prolijo é impropio de este lugar el referir uno por uno todos los sacudimientos que con mas ó menos inten-

sidad y violencia han hecho abortar el fuego oculto en los volcanes de nuestro archipiélago : por lo mismo , para no cansar la atencion de los lectores que hayan tenido la paciencia de seguirmos en tan árido camino , concluiremos trascribiéndoles la interesante pintura que hace don Bernardo Cologan de la grande erupcion de que fué testigo ocular en Tenerife el año de 1798, y de este modo podrán formar completa idea del sublime espectáculo que ofrece la naturaleza en una de sus mas imponentes maravillas. «Las detonaciones del volcan, dice, son de diversas clases: unas parecen truenos, otras el ruido de gran cantidad de agua hirviendo á borbotones en una caldera, tal que no es fácil la conciba la imaginacion. Tan pronto se oye repentinamente la explosion como una descarga de artillería bien sostenida, tan pronto imita el silvido y estrépito de una bomba. El ruido se percibe algunos momentos antes de la explosion: las lavas salidas de los distintos cráteres han formado en ciertos parajes montones de materias de mas de veinte pies de altura, y aunque estos sólidos no estan encendidos en los puntos mas distantes de las bocas que los lanzaron, no dejan de ganar terreno, como que, segun nuestras experiencias, los que parecian arder menos habian adelantado doce pies en dos horas. Estas lavas casi no exhalan olor alguno y se puede acercar á ellas sin temor: las peñas vomitadas por el volcan suben á gran elevacion, y el tiempo de su ascension y caida es de diez á quince segundos, con la diferencia de que las que salen del cráter superior se elevan perpendicularmente, y la direccion de las demas es oblicua. No trataré de describir tan horrorosa erupcion, ni hay pintura capaz de dar exacta idea de ella, porque la imaginacion no puede concebir semejante cuadro, sobre todo cuando en medio de la oscuridad y silencio de la noche se oyen los bramidos de la

montaña que repiten los ecos de los alrededores: despues salen llamas á iluminar aquellos desiertos; rocas ardiendo surcan la atmósfera, chocan unas con otras, se hacen pedazos y esparcen el fuego en todas direcciones: estas explosiones se renuevan hasta siete veces en un minuto acompañadas de erupciones de lava; las sensaciones se multiplican á vista de un espectáculo tan extraordinario, y la naturaleza poderosa y terrible aparece aun mas imponente.»

Hemos dado cuenta á nuestros lectores de los mas importantes sucesos ocurridos en las islas Canarias desde los tiempos en que nos son conocidas, presentándoles el imperfecto bosquejo de una historia sin principio ni fin, terrible y monótona á la par que falta de peripecias sabrosas y entretenidas, pero fuente abundantísima de hechos heroicos, de lealtad y de constancia, no menos que fecunda en los maravillosos portentos de la naturaleza. Réstanos ahora dar cabo á nuestro trabajo en el siguiente y último artículo, echando una ojeada sobre el estado actual del pais, cuya descripcion y conocimiento puede acaso despertar en personas ilustradas y amantes de aquellos descuidados dominios el deseo de proponer con mayor acierto y mas seguros datos las mejoras que reclama su situacion económica.

ARTICULO IX Y ULTIMO.

Consideraciones sobre el actual estado de las islas Canarias.—Situacion.—Temperatura.—Produccion natural.—Agricultura.—Industria.—Comercio.—Pesca.—Rentas públicas.—Estado militar, civil y eclesiástico.—Instruccion pública.—Eficiencia.

AUNQUE las noticias que nos proponemos reasumir en el presente artículo, parezcan algun tanto extrañas al objeto literario de estos apuntes y de este periódico, creemos conveniente prescindir de semejante escrúpulo á trueque de completar el bosquejo que llevamos trazado, dando á nuestros lectores una ligera idea del estado actual del pais canario, ya que lo hemos reconocido en las diferentes fases de sus épocas anteriores.

Las trece islas que forman este archipiélago, se hallan situadas entre los 27 y 29 grados de latitud norte, y los 9 y 14 grados de longitud oeste; lo cual hace que su clima participe de la energía de la zona tórrida y de la frescura de la templada. Sin embargo, la temperatura de estas islas es en general calurosa, especialmente las de aquellas que se encuentran hácia el S. y S. E., que por

su inmediacion al Africa reciben los vientos abrasadores de aquellas costas en toda su fuerza. Y sea dicho de paso que tan incómoda vecindad solo proporciona á los isleños, á mas de los descalabros sufridos en repetidas invasiones de los moros africanos, y de las epidemias y contagios atmosféricos, espesas nubes de langostas, que, semejantes á las flechas del ejército de Jerges, llegan á veces á oscurecer el sol; y en algunas ocasiones sustentando las que primero caen sobre la superficie del mar el peso de las otras, presentan por cortos momentos, hasta que se sumergen, la perspectiva de un cuerpo sólido, parecido al casco flotante de un buque desarbolado, ó en tiempo de calma á la cumbre de un peñasco ó islote que aparece como por encanto en medio de las aguas.

Las diferencias que se observan en la temperatura de las islas Canarias por efecto de su proximidad á los trópicos y de la altura de sus montañas, hacen que la vegetacion sea tan variada como vigorosa en este pais abrasado por los volcanes. Desde las especies salitrosas que nutridas por las emanaciones de los vientos marinos entapizan las rocas de basalto, que cual fuertes baluartes defienden las costas de Tenerife, la Gomera y el Hierro, hasta las plantas de los desiertos que crecen en medio de las arenosas llanuras de Fuerteventura y Lanzarote; desde los pintorescos y deliciosos bosques de Canaria, hasta las regiones alpinas que parecen representarse en las cumbres de las altas montañas cubiertas siempre de nieve; desde los frondosos y frescos barrancos de Tenerife con sus espumosas cascadas, con sus mil torrentes, hasta las retamas que se elevan sobre un lecho de tobas volcánicas en derredor de los ardientes cráteres, la vegetacion recorre todos sus periodos, se desarrolla bajo todas sus formas, y ya ostenta la pureza de las especies primitivas que natural y espontá-

neamente aparecieron en las islas atlánticas, ya se reviste de un carácter africano, distinguiéndose por sus troncos nudosos y torcidos, hojas carnosas y verde azulado, ya en fin aparecen bajo el aspecto de las compañías europeas, con sus vergeles de árboles frutales, viñedos y labores, mientras los pinos, laureles y madroños se mezclan con las pipas é higueras chumbas importadas de la virgen América.

En un país susceptible de tantas diferencias botánicas, la producción debe ser igualmente variada, pues la diversidad de los climas que la afectan ha de prestarse grandemente á la aclimatación de todas las especies vegetales; pero en medio de esta feracidad á que contribuyen la temperatura y el suelo de las Canarias, la agricultura se presenta en extremo mezquina por la escasez de terreno cultivado. Críanse allí por tanto en reducida escala frutas de mil clases, entre las cuales se distinguen los delicados plátanos, naranjas, limones, ñames, dátiles, cañas de azúcar, guayabas y papayas; y al lado de estas crecen las hortalizas y legumbres, las yerbas medicinales y olorosas, no menos que los nogales, castaños, almendros y algarrobos (1). Por lo demás, las cosechas de vino en Tenerife, especialmente del vidueño y del malvasía; las de vino también y aceite en la gran Canaria, no tanto por su cantidad como por su buena calidad; las de higos y miel en el Hierro, las de lino y seda en la Gomera y la Palma; finalmente

(1) Debemos citar en este lugar el ensayo de aclimatación de la piña, el café y el arrowroot, debido al coronel D. Francisco Tolosa, que á costa de experimentos hechos con laudable perseverancia, ha descubierto el modo de introducir en Tenerife tan difíciles producciones, demostrando la importante verdad de que en muchos puntos de Europa, y especialmente de España, será posible naturalizar estas plantas. Pensamiento altamente beneficioso y que con motivo de las apreciables tareas del coronel Tolosa, fué propuesto al Gobierno por el intendente don José María Bremon, pocos años há, cuando tuvo á su cargo el gobierno político de las islas Canarias.

las de trigo, cebada y otros cereales en Fuerteventura y Lanzarote, vienen á ser las de mas consideracion en cada una de estas islas respectivamente; pero hay otra mas interesante para el pais , que es la de patatas , por el gran consumo que de ellas se hace, en razon á que esta produccion con el gofio y pescado salado constituye el principal alimento de la clase pobre. Tambien se coge alguna sal, particularmente en Canaria y el Hierro ; y en esta última isla se fabrica gran cantidad de aguardiente , cuya mayor parte se consume en Tenerife. Por último la orchilla , tan útil para los tintes, la sosa, la barrilla, el musgo, la cochinilla y la seda , son los productos mas comunes indistintamente en las islas del archipiélago, sin que dejen de encontrarse tambien en casi todas con mas ó menos abundancia los artículos anteriores.

Ademas de estos ramos de riqueza agrícola hay en las Canarias buenos y cuantiosos pastos para el ganado lanar, vacuno y mular, especies que se han propagado considerablemente, como asimismo los camellos que desde los arenales de Fuerteventura, donde pacen en gran número, se extienden á las demas islas , aplicándoseles al acarreo y transportes con suma utilidad, pues diestros sobre manera estos animales para caminar por los mas quebrados terrenos, sufren al mismo tiempo toda clase de fatigas y privaciones, y conducen cargas hasta de cuarenta arrobas de peso. No menos abundan las islas en volatería y caza de todas las especies comunes; y es notable la circunstancia de no hallarse ninguna liebre en medio de la multitud de conejos que pueblan los bosques.

Apenas se percibe el movimiento industrial en el archipiélago canario, siendo así que este pais abrumado por un exceso de poblacion que solo se remedia por de pronto con las emigraciones periódicas á diferentes puntos de

América, debía invadir todos los caminos que conducen á la riqueza por medio del trabajo, ya que su calidad geológica permite solo emplear un corto número de brazos en el cultivo de la tierra. A pesar de esta circunstancia, si consideramos unos cuantos telares de seda y cintería y algunos tejidos de lana en Tenerife, la Palma y la Gomera, formaremos una idea completa del estado en que se encuentra la industria manufacturera de nuestras islas.

Igualmente reducido es el círculo en que se halla encerrado el comercio de esta provincia marítima, colocada por la naturaleza en uno de los puntos mas apropiado para dar extension á las miras y empresas mercantiles: mas como estas han de apoyarse en la prosperidad de los demas ramos de riqueza pública, no es extraño que un pais, cuyos productos naturales y artificiales son tan limitados, permanezca abatido ante el enorme déficit que presenta la exportacion de sus artículos, comparativamente con el total que ofrecen los de primera necesidad importados del extranjero. Tenerife puede considerarse como el centro del comercio exterior de todo el archipiélago; y sin embargo, un solo buque español está exclusivamente dedicado en aquel puerto á esta clase de tráfico. Este buque hace todos los años dos viajes á Inglaterra, única nacion que sostiene con los canarios constantes y activas relaciones; pero es tal el monopolio que ejerce el barco conductor, que los comerciantes de las islas, obligados á recurrir á él por no serles fácil fletar otro en razon á la cortedad de sus pedidos, se ven privados del beneficio que pudiera proporcionarles la ventaja de derechos concedida á la bandera nacional, pues se halla esta ventaja comparada con el considerable precio de los fletes.

Con una agricultura contenida en los estrechos límites que la naturaleza le impone, y acaso contrariada tambien

por los reglamentos vigentes, con tan escasos recursos industriales y reducido el comercio casi á la nulidad, todavía pudieran las islas Canarias buscar en los senos del Océano una riqueza segura, una riqueza que parece brindar con los mas altos destinos en la esfera económica de los pueblos á un pais tan postergado por la incuria y la pobreza. Los mares que bañan las costas africanas desde el cabo de Geer hasta la embocadura del Senegal, ofrecen á las Canarias en la abundancia y variedad de sus exquisitos pescados toda la utilidad de una industria que ejercen sin competencia, y á la cual hubieran podido dar una extension considerable dedicándose á perfeccionarla por los medios de que es susceptible. Sin embargo, mal aparejados los pocos buques que á este objeto destinan, sin estímulo, ni premios, ni inteligencia, y apegados á sus antiguas y viciosas prácticas para la salazon de los pescados, los isleños explotan torpemente el mas rico tesoro que encierran las aguas del Atlántico. La mayor parte de los barcos pescadores salen de la Gran Canaria, y en medio de no ser esta isla la mas comerciante del Archipiélago, manifiestan sus moradores mucha inclinacion á aquel ejercicio, empleando las maderas de sus montes en la construccion de dichos barcos: tambien envian algunos Tenerife y la Palma, y estas flotillas miserables desprovistas de todo medio de defensa, no solo contra los ataques de los corsarios, sino tambien contra las tempestades del Océano, se enseñorean de las costas occidentales del Africa, presentándose durante la primavera y el verano en la parte septentrional hácia el cabo de Non, y en otoño é invierno en la meridional en direccion al Cabo-Blanco, por haberse observado que los pescados suben al Norte al fin del invierno, y bajan despues gradualmente hácia el Mediodia. En casos de temporal se abrigan los pescadores

en las bahías y ensenadas que describe la costa, y no deja de ser extraño que á pesar de la mala preparacion de estos barcos, en los cuales se carece hasta de lo que se juzga indispensable para la navegacion, no haya memoria de la pérdida de ninguno. Entre los muchos y buenos pescados que se cogen en estos mares, distingüense los *tasartes*, muy semejantes á los salmones, las *anjas* algo mayores que el congrio, las *corbinas*, *sanas* y *chernes* ó bacalaos, mejores que los del banco de Terranova. Hácense tambien grandes cargamentos de *doradas*; y todo ello se lleva á la ciudad de las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Puerto de la Orotava ó Santa Cruz de la Palma, en donde hay factorías ó comisionados para la venta; pero esta se halla reducida á los mercados de las islas, en los cuales la baratura del pescado salado llega al extremo por el sobrante que deja tan limitado consumo.

Observa Berthelot, que siendo unos 700 los marineros canarios que se emplean en esta pesca, y extrayendo anualmente sobre 150,000 quintales de pescado, cuyo número se gradúa en tres millones de piezas aproximadamente, atendido el peso proporcional de ellas, resulta que cada pescador recoge 4,285 pescados, cantidad que supone la ocupacion de 10 hombres en la codiciada pesca de Terranova. Esta sencilla observacion, unida á la suavidad del clima, á la infinita variedad de las especies, á su excelente calidad y á otras muchas ventajas que sobre aquella reúne la pesca de que tratamos, basta para conocer el fomento de que es susceptible esta industria con la proteccion de un Gobierno ilustrado que supiese elevar su producto al rango de artículo de exportacion, digno de figurar con grande estima en los principales mercados de Europa y de América.

La pobreza de este país por una parte, y por otra los

grandes servicios que tiene prestados por conservarse fiel á la monarquía española, han sido justos motivos para que se le concedan por diferentes reyes algunos privilegios y exenciones en el sistema de las rentas públicas; goza tambien del libre comercio de algodones manufacturados y en rama, bajo el medio derecho de $7\frac{1}{2}$ por 100 en bandera española ó 15 en extranjera; y solo sufre la ley del estanco en el papel sellado y el tabaco, con sujecion á las mismas tarifas que se observan en las demas provincias del reino. Esta última renta podria ser muy productiva sin los vicios de que su administracion adolece, por la generalidad del consumo: no obstante se gradúa su importe en 1.150,000 rs. al año. El papel sellado producirá anualmente unos 300,000 rs. La renta de aduanas está sujeta á un arancel tan sumamente módico respecto de los que rigen en la Península, que ofrece una proporcion de uno á diez en la mayor parte de los artículos; en otros de uno á diez y seis, y en los que menos de uno á cinco; por manera que este impuesto se halla reducido á un millon de reales anuales.

Las Islas Canarias han estado hasta ahora exentas del servicio de quintas para el reemplazo del ejército, sosteniendo en equivalencia una fuerza militar de milicias provinciales distribuidas en todo el Archipiélago para la guarda y defensa del territorio. El estado eclesiástico se compone de dos obispados: el uno está situado en la ciudad de las Palmas, capital de la Gran Canaria, y el otro en la Laguna, antigua capital de Tenerife; al primero corresponden las rentas eclesiásticas de Fuerteventura y Lanzarote, y al segundo las de la Palma, la Gomera y el Hierro: hay por consiguiente dos catedrales, comprendiendo la diócesis de Canaria 35 parroquias y dos conventos de monjas; y la de Tenerife nueve vicarías eclesiásticas, 59 parroquias y

cinco conventos de religiosas. La ciudad de Santa Cruz de Tenerife es capital de todo el archipiélago: en ella residen las autoridades militar, política y administrativa. La audiencia territorial, sin embargo, se halla establecida desde el año de 1526, como indicamos en nuestro anterior artículo, en la ciudad de las Palmas.

No está desatendido el ramo de instruccion pública en la patria de los Abreus, Clavijos, Iriartes, Vieras y otros muchos escritores canarios que honran nuestra literatura. Ademas de la universidad de la Laguna, de que tambien hemos hablado ya, existen en estas islas algunos otros establecimientos de enseñanza, como el Seminario Conciliar de Nuestra Señora de la Concepcion, establecido en las Palmas en el año de 1777, las escuelas de dibujo de la misma ciudad y de Santa Cruz de Tenerife, la de náutica de esta última, y una buena dotacion de escuelas de instruccion primaria distribuidas en los principales pueblos de las islas. Tambien hay dos bibliotecas públicas, una en la ciudad de la Laguna perteneciente á la universidad con 6,000 volúmenes, y otra en el Seminario de las Palmas con mas de 2,000.

Por último se encuentran en este pais muchos establecimientos de caridad que dan idea del espíritu filantrópico de sus moradores: la mayor parte deben su origen á fundaciones de particulares y en el dia están á cargo de las respectivas juntas de beneficencia, que deben cuidar tanto del buen servicio interior como de la administracion de sus rentas.

En resúmen, las islas Canarias son actualmente un pais pobre en verdad, pero que encierra grandes elementos de prosperidad y riqueza que, á poco impulso que se les diera, bastarian para trasformar en una de las mas florecientes provincias de la monarquía española, esa que hoy es tan solo un timbre glorioso para su escudo y una carga para su erario.

¡Ojalá se halle cercano el día en que, tendiendo el Gobierno su mano protectora á tan leales súbditos, salgan aquellos dominios del estado de abatimiento en que se encuentran, y lleguen á fructificar los gérmenes de vida y de grandeza que pueden devolver á estas islas su antiguo nombre de *Afortunadas!*



INDICE.

PAGINAS.

- ARTÍCULO I. Objeto de la publicacion de estos apuntes.—Orígen que se atribuye á las islas Canarias.—Sus tiempos fabulosos.—Expediciones de los fenicios, cartagineses y romanos. 5
- ARTÍCULO II. Estado de la civilizacion de estas islas antes de la conquista.—Idiomas.—Alimentos.—Trajes.—Industrias.—Gerarquías sociales.—Fiestas y regocijos públicos.—Casamientos.—Leyes.—Religion. 13
- ARTÍCULO III. Expediciones que precedieron á la conquista de las Canarias.—Pretensiones del Infante D. Luis de la Cerda, contrariadas por D. Alonso XI de Castilla.—Juan de Bethencourt, primer conquistador de estas islas.—Sucesos de su expedicion á Lanzarote y Fuerteventura. . . . 22
- ARTÍCULO IV. Rebelion de Bertin de Bernebal.—Conquista de Lanzarote.—Segunda expedicion á Fuerteventura.—Desavenencias entre los gefes expedicionarios.—Concesiones obtenidas por Bethencourt en la corte de Castilla.—Conquista de Fuerteventura.—Tercera expedicion de Bethencourt.—Conquista de la Gomera y la Palma.—Muerte de Bethencourt. 32
- ARTÍCULO V. Ventas y trasposos del dominio de estas islas.—Desgraciada expedicion á la Palma.—Empresas de Diego García de Herrera.—Los Reyes Católicos toman á

su cargo la sumision de las islas libres Canaria, Tenerife y la Palma.—Estado político de estas tres islas en la época de la conquista. 41

ARTÍCULO VI. Expedicion de Juan Rejon.—Batalla de Guiniguada.—Desavenencias entre Rejon y el Dean Bermudez.—Hazañas de Pedro Vera.—Asesinato de Juan Rejon.—Incursion de Alonso Fernandez de Lugo en la Gran Canaria.—Sumision de esta isla.—Disturbios en la Gomera.—Destitucion de Vera.—Alonso Fernandez de Lugo es nombrado Capitan general de las islas no sometidas.—Conquista de la Palma. 52

ARTÍCULO VII. Primeras operaciones en la isla de Tenerife.—Batalla de Acentejo.—Retirada á Canaria.—Segunda batalla de Acentejo.—Hazaña de los doce soldados.—Escasez de víveres en el campo de los españoles.—Accion generosa de Lope Hernandez de la Guerra.—Tercera batalla de Acentejo.—Incursion de la Orotava.—Sumision de Tenerife. 62

ARTÍCULO VIII. Medios empleados por los conquistadores para apagar el espíritu de nacionalidad en los indigenas.—Progresos religiosos.—Administracion de justicia.—Principales invasiones de que han sido objeto estas islas despues de la conquista.—Volcanes.—Inundaciones. 72

ARTÍCULO IX. Consideraciones sobre el actual estado de las islas Canarias.—Situacion.—Temperatura.—Produccion natural.—Agricultura.—Industria.—Comercio.—Pescaca.—Rentas públicas.—Estado militar, civil y eclesiástico.—Instruccion pública.—Beneficencia. 84



